

Vida de la Reverenda Madre María Teresa de la Santísima Trinidad, Aycinena, Monja Carmelita Descalza en Guatemala, que empezado a escribir por el Reverendo Padre Fr. Anselmo Ortiz de la Orden de Santo Domingo, quien fue su confesor y director muchos años.

### Primer cuaderno

En el nombre de la Santísima Trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo, del dulcísimo Nombre y corazón de Jesús, del dulcísimo Nombre y corazón de María Santísima cuyo amparo y patrocinio imploro, ahora y todos los instantes de mi vida, del Santísimo Patriarca Señor San José, de los Santos Arcángeles San Miguel, San Gabriel, San Rafael, de mi gloriosa Madre Santa Teresa de Jesús, y de mis gloriosísimos Padres San Francisco y Santo Domingo cuyo menos hijo tengo la dicha de ser, de mi Venerado y amado Santo Angélico San Luis Gonzaga y de mis gloriosísimas Santas Mártires Santa Inés, Santa Leocadia, Santa Águeda, Santa Eulalia, dio principio a esta preciosa vida invocando humildemente la gracia del Espíritu Santo ahora y siempre, sin cuyos divinos auxilios nada bueno podemos hacer.

### **Capítulo 1**


#### **Patria y nacimiento de la Madre María Teresa de la Santísima Trinidad, Aycinena.**

En la América Septentrional en su parte Oriental se halla el dilatado (amplio) Reino de Guatemala a quien da nombre su Capital llamada Nueva Guatemala. Confina con el Reino de Santa Fe en el Perú por Panamá, y la Ciudad Nueva distinta de la Antigua Guatemala esta fundada en un dilatado llano llamado de la Virgen a nueve leguas de la Ciudad Antigua, más hace el mar del Sur que del Norte. Es hermosa y muy dilatadas sus calles y casas que son solo de un alto, por el temor de los temblores que en todo este Reino son muy frecuentes y que a menudo causan ruinas en sus poblados. Es silla Metropolitana de un Arzobispo y tres obispos sufraganeos, adornada de Cancillería, Universidad, Colegio Tridentino y del Coro de donde de uno y de otro salen de continuo

jóvenes bien educados que eligiendo el estado eclesiástico sirven a la Iglesia en sus respectivos ministerios a que son destinados.

Háyanse también como partes muy principales que la adornan los Conventos de mi Padre Santo Domingo, de mi Padre San Francisco y de Nuestra Señora de la Merced que son cabezas de sus dilatadas Provincias, y el Colegio de Propaganda, célebres misioneros fundados por el Venerable fray Antonio Marfil, y todas estas Comunidades son el consuelo de la Ciudad pues sus individuos de continuo se emplean en el confesionario, púlpito, auxiliar a los enfermos, promover la devoción en los fieles, y verdaderamente tropas auxiliares que ayudan al Ilustrísimo Prelado en cuanto les ocupa en bien de las almas, y a los Señores curas en servirles de todos modos. Ay también una hospedería de Nuestro Padre San Agustín muy pobre, pero que sus pocos religiosos no dejan de trabajar en el bien espiritual del público.

El Venerable clero secular sin duda alguna es de los más beneméritos que se conocen, pues el porte, modestia, retiro y devoción denota que sus corazones movidos de Dios obran todo esto por solo la gloria de su Santo Nombre. Así es que en lo general sobre exceden en costumbres buenas, en honestidad, en caridad al clero de otras Diócesis. Pero en su Cabildo Eclesiástico es adonde siempre se han visto Sacerdotes ejemplares y virtuosos que han sido como la norma para arreglar sus vidas los demás, hombres doctos que han servido a la Iglesia y a la República con sus sabios consejos para mantener la paz y el buen orden en el común y en los particulares. Ha dado el Altísimo a esta Ciudad Santísimos Prelados que observaron puntualmente cuanto el Santo Apóstol exige en los Obispos escribiendo a Timoteo, y a Tito. Entre de ellos merece especialísimo lugar el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Doctor y Maestro fray Ramón Casaus, Dominico entre los sabios, sabio, ejemplar en su humildad y paciencia, admirable en su pureza, en su predicación otro Pablo, en su caridad singular, en su prudencia y mansedumbre como David, en el desprecio del oro y plata cual pocos se han visto, y en una palabra un hombre de Dios, honrado de él, de sus ángeles y Santos del modo más raro y sensible que no se lee jamás en los fastos (anales, crónicas) de la Iglesia, escogido de Dios entre todos los Prelados del mundo para Padre, Director y conductor de la Madre María Teresa de Jesús o de la Santísima Trinidad. De él se hará

memoria eternamente en los anales eclesiásticos, en las historias de Predicadores y del Carmen como que las  con las cosas más raras que jamás se han oído, por lo que Dios obró por él, para él, y en él en orden a esta preciosa alma.

En esta Ciudad pues de Guatemala nació la Madre María Teresa de la Santísima Trinidad Aycinena año de 1785 el día 15 de abril que cayó ese año el día segundo de Pascua de Resurrección a las seis de la mañana precisamente al nacer el sol, circunstancia que el discurso del tiempo dio a entender nacía un astro luminoso a la Santa Iglesia que con el esplendor de sus virtudes, raros ejemplos, y asombrosas maravillas la había de iluminar prodigiosamente en un tiempo y siglo en que por todas partes la maldad, la herejía, la infidelidad y cuantos males hay se habían como conjurado para obscurecer si fuera posible aquella hermosura indefectible con que su amado esposo la ha adornado. Que nacía este sol espléndido a Guatemala sol de a quien más de cerca derramaría los brillantes rayos de luz para vivificar la fe que en muchos estaba ya muy muerta, para encender la caridad que nunca se había visto ni más apagada que ahora como lo acreditan las enemistades públicas que entre europeos y americanos se veían; entre hijos y Padres, y aún entre los de una misma familia y nacían con escandalosa ruina de almas y cuerpos se veían, en fin y nació para denotar que enviaba Dios este astro benéfico sobre nuestro muy amado Rey Fernando el más piadoso y cristiano, el más humilde, el más perseguido, y el más manso de corazón de todos los reyes de su tiempo; pues como diré la particular providencia de Dios envió al mundo a esta alma para bien de este afligido Rey amado de Dios y de los hombres.

## **Capítulo 2**

### **De sus Padres, circunstancias de su nacimiento y bautismo.**

Como enseña Nuestro Señor Jesucristo el buen árbol se conoce por sus frutos. Todo árbol dice Jesucristo se conoce por sus frutos, y no puede el buen árbol darlos malos, ni el mal árbol darlos buenos, palabras admirables que entre otras cosas significan que siendo los Padres buenos, buenos serán los hijos, y que si los Padres son malos, los hijos también lo serán, y aunque esta leí no es infalible pues vemos que ha habido padres buenos con hijos malos y malos Padres con hijos buenos, pero dio a entender el divino salvador lo que comúnmente sucede, y ojala no sucediera con tanta

frecuencia. Como dije nació esta preciosa niña en Guatemala siendo sus felices Padres el Señor Don Juan Fermín Aycinena primer Marques de Aycinena y el primer Marquesado que aquí hubo, este ilustre caballero nació en el Valle de Bastan en el Reino de Navarra, Obispado de Pamplona, tan grande en bienes de fortuna como en las virtudes cosa que rara vez se hallan juntas, siendo lo ordinario andar las riquezas con los vicios, y la virtud entre la oscuridad de la escasez. Empleaba sus riquezas en hacer bien a todos y para no alargarme y decir la verdad se puede decir de él y aplicárselo con toda propiedad lo mismo que de sí dice Job de hacer bien a todos, amparar las viudas, socorrer los huérfanos, y partir su pan con los menesterosos, sin que nunca saliese desconsolado ninguno de su casa. Fue casado tres veces y en todos los matrimonios le dio Dios hijos de bendición y de virtud como es notorio, pero en el tercero le dio entre otros a esta privilegiada alma, fruto admirable que excedió y con mucho en todas las virtudes al árbol de donde salió. Vivió y murió santamente, y en la misma hora su preciosa hija siendo de diez años le vio subir al Cielo en manos de dos ángeles donde goza gloria y florece en la presencia de Dios como la palma verde y frondosa multiplicándose allí maravillosamente en tres de sus hijos que como el ya goza de la vista amabilísima de Dios. Su Madre lo fue Doña Micaela Piñol y Muñoz igual en todo a su esposo, adornada de tantas virtudes que muchos a voces decían era tan santa como su hija; elogio que dice en poco cuanto yo podría decir en mucho.

De esta vid tan fecunda, salió este racimo tan precioso, y notó la Madre una cosa rara cuando estaba en cinta de ella, que después manifestó el misterio el mismo Dios de esta predilecta esposa suya, y fue, que llegó de Posada al Palacio de este Señor Marques un caballero Protestante, y siempre que la Señora estaba delante de él, o comía en la mesa junto con todos y el en cuenta sentía tal repugnancia, fastidio que interiormente les hacían fuerza a huir de él, la Señora que es sumamente caritativa, y de una política muy cristiana se afligía en extremo verse así contra un hombre con quien deseaba ejercer todos los oficios de caridad. Formó gran escrúpulo de este acontecimiento y lo hubo de consultar con su Confesor, y este oídas las razones, e ilustrado de Dios la mandó huyese de aquel hombre, conociendo desde luego que Dios en esto tenía alguna cosa oculta. Obedeció ella, y llegando la muerte del hereje no

podía su caritativo corazón de ir continuamente a ver que le faltaba, o que consuelo podría darle, pero ella más y más se sentía compelida a huir de él; pero en la hora de la muerte en que la Señora se hallaba presente se la encaró el moribundo, y con unos ojos espantosos que aterraba la mirada y como que algo tenía en contra de ella, pues a ella y no a los demás era a quien mostraba aspecto terrible. Murió este infeliz, y la mano piadosa del Señor no dejó de darle en aquella hora especiales auxilios de su gracia para su conversión, pero más un pecado de impureza que entre otros muchos tenía impidió que la soberana las ilustrara su alma. Todo esto conoció en el año 35 de su edad la Madre María Teresa, con todo lo demás que voy a decir, revelándole el Señor en ellos muchas cosas. Luego que la Madre María Teresa fue concebida le fue concedido por Ángel custodio un Ángel de superior jerarquía, y con especialidad entregó su tutela y cuidado para toda la vida al Gloriosísimo Príncipe San Miguel Arcángel que jamás la han desamparado, y esta es la causa porque en todas las crucifixiones, éxtasis, raptos, etc., se halla este santo Arcángel, y él ha sido quien le hirió el corazón unas veces: en sus manos vio el día de las llagas de 1819 su corazón como dije en su lugar, y quien más que ningún otro ha servido al Altísimo de ministro para hacer en su querida esposa las maravillosas obras de su omnipotencia. La misma Madre María Teresa era la que hacía que su Madre tuviese horror a aquel hombre hereje, impuro, todo movida de Dios para denotar que había de ser defensora acérrima de la verdad, como que jamás ni por inadvertencia ha salido de su boca una mentira, que había de defender las glorias de su soberano esposo en el Santísimo Sacramento que aquel pérfido negaba, y así es que esta esposa del cordero de Dios sus mayores devociones son el Augusto Sacramento del Altar que celebra en su Iglesia cuantas veces puede, y tanto que con gracia suelen decir las gentes que la Iglesia de Santa Teresa parece Iglesia de Roma pues continuamente está allí expuesto el Santísimo. Que había de ser una esposa purísima y castísima en contraposición de los herejes que mueven guerra contra la Iglesia por entregarse a sus torpes pasiones, y esta alma ha sido tan pura que jamás ha sentido ni en su mente, ni en su carne el más leve pensamiento ni movimiento de impureza. En fin para denotar que con su pluma y la ciencia soberana con que Dios la ha honrado defendería los dogmas de la Iglesia, las glorias de la Santísima Virgen María, el culto de

los Santos que tanto han despreciado los malos hombres del siglo 18 y 19 como realmente sucedió, pues se esmeró tanto en celebrar las festividades de la Santísima Virgen, y los Santos cual jamás se había visto en Guatemala.

Nació como dije en el segundo día de Pascua en que Nuestra Madre la Iglesia canta en el oficio de la Misa aquello del Éxodo capítulo 13: os introdujo el Señor a vosotros en la tierra que corría miel y leche, y para que la ley del Señor este siempre en vuestra boca, en cuyas palabras por lo que después hemos visto, quiso el Señor significar que esta preciosa alma entraba en su Iglesia a gozar de la purísima leche de la verdad que había de ser el único alimento de su inocente espíritu, y que por lo mismo sería su alma regada con la miel de las dulzuras del Cielo con tanta abundancia que rebozando se derramaría a innumerables almas que así en los presentes como en los futuros tiempos correrán tras ella atraídos del olor de sus virtudes y de las dulces misericordias con que la ha honrado para sustentar sus almas con ellas. Fue también como una especie de pronóstico que jamás esta preciosa niña quebrantaría la ley del Señor pues examinando con gran cuidado y repetidísimas veces toda la serie de su vida, mandándole para esto me diese por escrito toda su confesión general, para así ver si alguna vez había quebrantado la ley del Señor hallé que jamás en cosa grave había faltado en cosa alguna. Prodigio raro y que de pocos se contar, y mucho más con la circunstancia que en ella he averiguado que aun pecado venial era tanto lo que aborrecía que conociéndolo no puedo afirmar que lo haya hecho; parecidísima en esto a mis Gloriosos Santos: Santo Tomás de Aquino y San Luis Gonzaga en cuyas vidas se advierte que las pocas cosas leves de que se acusaban, podrían parecer en nosotros virtudes. Yo digo pues para gloria de Dios que mantuvo tan firme y tan pura la ley de Dios en su corazón, que solo lo podré explicar con aquello que dice el Señor por Malaquías capítulo 2 la ley de la verdad estuvo en su boca, y la iniquidad no se halló en sus labios, estuvo siempre en paz y equidad con el Señor, y con su preciosa vida, buenos ejemplos, santas amonestaciones apartó a muchos de la iniquidad.

A su nacimiento bajó del Cielo para asistirle mi gloriosa Madre Santa Teresa de Jesús quien la cogió en sus santísimos brazos, y los primeros pañales que le pusieron fueron una mantas de lana que sus tías las Religiosas Descalzas la enviaron para este

fin, anuncio cierto de que la Santa Madre daba como Elías a Eliseo en su manto, a este su amada hija en sus mantas le dejaba el espíritu suyo duplicado, pues vemos en ella obrados los prodigios que Dios obró en Santa Teresa de Jesús, y que Jesús los ha obrado en ella aún mayores, que abrazó con espíritu varonil todo el vigor de la regla primitiva del Carmen, y que con admiración y pasmo ha sobrepujado el rigor que prescribe, la desnudez, la pobreza, el silencio, la mortificación con su rigorísima penitencia, y admirables virtudes, y sobre todo una humildad profundísima, una obediencia entre lo heroico admirable, una perfectísima abnegación en todo y desprecio de todo lo terreno tan grande que sólo quiere vivir de la divina Providencia con sus religiosas hijas, y que el Cielo ha acreditado con estupendos prodigios. Es de notar en el nacimiento de esta heroína que luego que arrimaron a la cama de su Madre la preciosa imagen de mi Madre Santa Teresa, salió a luz con toda felicidad, cosa que acredita como después a ella le reveló el Señor la especial asistencia, protección y amparo que la Seráfica Madre tenía con ella. Si hubiera decir todas las cosas que en esta materia Dios ha manifestado sería nunca acabar.

Bautizola el mismo día y fue su Padrino el Señor Doctor Don Cayetano Francos Monroy insigne Prelado de esta Santa Iglesia, y fue especial providencia de Dios significando en esto cómo después ella conoció que esta oveja preciosa, en quien Jesucristo había de obrar portentos tan inauditos y maravillas tan singulares estuviese bajo el amparo del Sacerdote Magno que más propiamente representa a Jesucristo que no cualquier otro sacerdote simple no en cuanto a la potestad de consagrar sino en orden al Cuerpo Místico de su Iglesia, para lo que se le confiere una especial virtud para apacentar su rebaño y que no ande divagando de aquí para allí, sino que se apaciente con el pasto de la divina palabra que ellos nos propongan. Así mismo para que con el cayado de su autoridad amporen a sus ovejas defendiéndolas del lobo carnicero que sin cesar anda rugiendo alrededor de ellas para devorarlas, y para todo esto recelo Dios puso inmediatamente bajo su protección Paternal a esta escogida alma, y mucho más la puso cuando el esposo divino manifestó al mundo ella los dones de sus misericordia. La entregó al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Doctor Don Fray Ramón Casaus dignísimo arzobispo Guatemala y si este Señor no la hubiese tomado bajo su inmediata dirección,

qué estragos no hubieran hecho en ella los enemigos de Dios, los hombres impíos que deseaban con ansia fuese todo falso cuanto el Señor obraba en esta preciosa alma. Los hombres sabios del mundo Doctores del siglo, escribas de la carne y de la sangre que llenos de sí mismos, de su saber, de su estimación tenía contra de ella y contra todo lo que no era su modo de ellos un odio mortal como los Lidios, tanto que intentaron publicar libelos famosos con que la injuriaran, infamaran y deshonraran. ¿No lo hubieran verificado a no estar resguardada del cayado del Pastor de la Iglesia? Diga este Ilustrísimo Prelado lo que ha tenido que sufrir por sola esta causa de la maledicencia de los impíos, envidiosos, soberbios y libertinos. Pero gracias a Dios que por más nublonas que han querido oponer para obscurecer este resplandeciente astro, todo se ha disipado, porque la verdad siempre es verdad, y todas las calumnias y mentiras no son capaces de hacer que alguna vez no sea aunque por permisión de Dios algún tiempo este oculta.

En el bautismo se le puso no por orden regular, sino por particular providencia de Dios María Teresa de Jesús, y cuando tomó el hábito una indiscreta priora se lo mudo en el de la Santísima Trinidad. Sobrenombre admirable era el segundo, pero la voluntad de Dios fue y es que se llame de Jesús como así lo ha dicho el mismo Señor. Quiso el Señor tuviese los mismos nombres porque como he dicho en ella había de revivir su espíritu, y las cosas que su Santa Madre no pudo llevar al caso en la Reforma según se lo dijo en vida y después de muerto San Pedro Alcántara de que fundase sus Monasterios sin más renta que la divina Providencia, esta hija suya lo había de conseguir como así lo ha verificado. Púsole el Señor el sobrenombre de Jesús, porque la honró el Señor con el sacratísimo nombre de Esposa de la Cruz o del Crucificado por boca de un sacerdote, que antes de que se manifestase nada exterior en ella al verla tan deseosa de Jesús, sus clavos, de su cruz, al mirarla tan alegre en el padecer, tan paciente en inmensas penas, tan ansiosa por morir a sí, tantos desvelos, cuidados y fatigas que tenía por ser solo de Jesús Crucificado, le dijo que Dios la había escogido para Esposa de su Cruz, le fue anunciando cada clavo, uno por uno, y luego fue todo sucediendo hasta que la dejó ver el esposo de sangre tan parecida a sí en todo, que es verdaderamente de Jesús, o transformada en Jesús en todos los pasos de su Pasión, y



en los más singulares de su Santísima vida como fueron el ayuno de cuarenta días, después de los cuales le dieron de comer los ángeles, y al siguiente día por divina ordenación se desayunó con un vaso de fuertísimo vinagre en infusión de mirto por 24 horas, todo lo que yo presencié, y de esto y de lo demás estoy certísimo, y afirmo que no digo sino lo que se que es verdad.

Le pusieron también Anastasia día en que nació para dar entender que así como esta Santa bendita honró a su Patria Roma con sus preexcelsas virtudes, con lo heroico de una fe admirable, por la que derramó su sangre honrando con ella a su Patria, dando con ella testimonio de su amor a Jesucristo, y ilustrando aquella capital del mundo con sus preciosas reliquias, todo esto y aún con más rareza obrara la Madre María Teresa o Jesucristo por ella en Guatemala y en todo el mundo, pues por todo el con la prodigiosa impresión que con su sangre han hecho los Ángeles no solo Guatemala, sino Roma Italia, Madrid, Londres, se ven honradas admirando todos desde el Vicario de Cristo hasta el más ínfimo la infinita misericordia de Dios que en un siglo de tanta corrupción e incredulidad, libertinaje o irreligión haya querido para remedio de estos desordenes enviar al mundo esta preciosa alma adornada con tantos dotes y maravillas. Lo demás se irá verificando pues todo está profetizado.

El Ilustrísimo Señor Arzobispo al tiempo de bautizarla tuvo una soberana inspiración de lo grande que había de ser esta alma, y que había de ser una privilegiada esposa de Jesucristo, por lo que la regaló un corazón de oro en cuyo centro estaba una cruz verdadera lignum crucis, y una preciosa sortija que fueron las preciosas dádivas con que el Señor ha condecorado a su preciosa Esposa; por lo que hemos visto, Dios quiso ya desde entonces significar que su corazón había de ser lleno del más purísimo oro de la caridad, y que en su centro había de estar realmente el mismo Jesucristo, como físicamente lo tiene y así se le hallaran, herido por cinco partes, impreso en él los dulcísimos nombres de Jesús, María y José, tiene otra cruz y esta abierta, al pie de el sale un grueso nervio y es una cruz acostada a la que esta como calvado el corazón, y significa que toda su vida a estado clavado a la cruz de Jesucristo por el clavo de la obediencia, que fue el precioso clavo y distintivo de Nuestro Divino Redentor Jesús que murió clavado en una cruz por la obediencia. Esta es la verdadera señal característica

del verdadero espíritu de Jesucristo, y al alma que le falte sepa que nada tiene, aunque tenga todas las otras virtudes, pues en faltando en ellas la obediencia son virtudes fantásticas, esto es virtudes aparentes que puede el demonio aparentar y remedar en las almas para engañarlas, pero que no puede remedar una obediencia perfecta, pues como el Señor reveló a esta preciosa alma no ha permitido, ni permitirá el Señor que remede por mucho tiempo la obediencia. Con razón el Apóstol entre todas las virtudes no dijo de Jesucristo más que fue obediente hasta la muerte; y por esto desde luego dijo mi Angélico Doctor Santo Tomás que la virtud de la obediencia es una virtud general que se halla en todas las virtudes, pues entonces lo son estas, cuando van sostenidas de la obediencia, por lo que dice que ni el martirio es agradable a Dios ni meritorio sino porque los mártires padecen y mueren por obedecer a Dios. ¡Oh virtud admirable! ¡Oh virtud grande! tan necesaria para la perfección de la almas, pero que pocas y poquísimas la tienen aún de aquellas almas que profesan virtud, por lo que aunque quieren no medran en el camino del Cielo. Semejantes a las gallinas que aunque tiene alas si vuelan es tan poco que luego caen en tierra; y esta es la causa porque semejantes almas con buenos deseos no vuelan y caen porque les falta la verdadera obediencia. Esta virtud dice mi Angélico Doctor es para ofrecer a Dios en obsequio la voluntad propia en manos de quien la gobierna en su nombre, por esto quien de verdad la posee la sujeta en todo a él, nada resiste, a todo se vence, todo lo practica aún lo más duro y humillante como es morir en una cruz sin abrir su boca como el cordero que llevan a trasquilar, y esta es la razón porque el demonio no puede remedar mucho tiempo ni en sí, ni en los suyos esta virtud porque es contra su natural orgullo sujetarse en todo, doblegarse y humillarse en cuanto se le ordena. Dejaría entonces ya de ser Demonio si esto hiciera, y ¿qué más podría querer el infeliz? ¡Oh obediencia!, vuelvo a decir, quien te tiene, tiene a Dios, y es su corazón el objeto de las delicias de Dios. Con razón dijo Samuel a Saúl mejor es la obediencia que el sacrificio, y quiso decir, que la obediencia siempre es buena; pero los mayores sacrificios sin obediencia es como el que idolatra, pues cuantos sacrificios se hagan a Dios contra la obediencia no son sacrificios a Dios sino sacrificios a su voluntad propia, a su amor propio, y esto es

idolatría. Esta es la virtud preciosísima, característica de la Madre María Teresa de la Santísima Trinidad como en su lugar dije.

En el anillo que le Ilustrísimo Señor Arzobispo le dio bien parece que fue un pronóstico de los dos o tres anillos que el Divino Jesús había de dar a esta su amada esposa en los días de su Desposorio que celebró con ella, y los tiene en el cuarto dedo de la mano derecha a modo de una lista colorada o sanguínea con sus correspondientes piedras que a veces son tres en memoria de la Trinidad Beatísima, y a veces una muy grande en memoria de un solo Dios trino y uno. Estos anillos muchas veces echan sangre como las llagas porque es Esposa del Esposo de sangre Cristo Jesús, y los tiene perennes hasta el tiempo señalado por la divina providencia cuanto basta para hacer ver al mundo entero que esta es la única paloma suya que más que ninguna otra se entregó toda a él sin reserva, y cada días más y más por una perfectísima obediencia, empezando esta carrera ardua desde los primeros años de su vida, pues desde entonces hasta ahora sin cesar con esta preciosa virtud ha contado toda su voluntad propia, y cuantos retoños quiere echar luego al instante los corta con este espiritual cuchillo el único con que se destruyen todos los vicios, todas las pasiones, y todo lo malo que proviene en nosotros por el pecado original.

### **Capítulo 3**

#### **De las niñez de la Madre María Teresa.**

Empezaremos ya a dar razón de los primeros años en que la mano misericordiosa del Señor empezó a dirigir a esta su amada esposa por las sendas de las virtudes, y ella a correr con la vida por el camino de sus santos mandamientos. No se espante ninguno de que diga que corrió con la vida los caminos del Cielo, pues con asombro mío y de cuantos examinaron con exactísimo cuidado toda la serie de su vida, hallamos que empezó a amar a Dios y a tenerle aún desde la edad de cuatro años, y yo averiguando por el examen si aún antes ya el espíritu del Señor se había apoderado de su inocente alma y piadoso corazón que obrase el amor y temor divino en ella con reflexión, no pudo decirme que no, aunque no pudo afirmarme cuando la razón con el divina gracia ayudada estuvo tan pronta y apta para dar estos asombrosos pasos en la virtud que apenas los más de los mortales los dan al último de su vida. Yo no puedo

decir pues que antes de los dos años, o de los cuatro empezase el amor divino a arder tanto en esta dichosa alma que ya lo amare y temiere, pero si traemos a la vista todo lo acaecido aún desde el vientre de su Madre de que ella era la que la obligaba a que se retirase, y huyese de aquel hereje, podremos decir que la divina gracia obró en ella fuera del orden de regular y que nada repugna aunque no lo afirmo, que supliendo la gracia lo que faltaba a la capacidad de la naturaleza pudo hacer que esta privilegiada alma en todo rara, lo fuese también en que toda su vida amó a su Dios y lo temía. Este principio de la divina sabiduría acompañó siempre a su dichosa alma, y era tanto que en esta edad de cuatro años no se le apartaba ni un momento de su alma la memoria del temor de Dios, y este temor le llevaba a amarle, y amarle a él solo. Su Señora Madre desde su infancia solo estas máximas le infundía, y ella con tanto cuidado escuchaba sus voces que las grababa en su tierno corazón. De aquí era que en las más inocentes diversiones que tenía sola con sus pequeñitos hermanos, nada la distraía del santo temor y amor de Dios. Oía interiormente una voz tan dulce y penetrante que la llamaba al retiro, que le avisaba de la eternidad que todo lo terreno le causaba fastidio, nada le gustaba, solo Dios; solo Dios era lo único que aquietaba su corazón, pero el temor de perderle y ofenderle lastimaba tanto su afecto que se quedaba como estática y abombada; por lo que los de su casa, y aún su Señora Madre llegaron a juzgarla muy simple y tonta; no lo juzgaba así el Señor Don Antonio Carbonel Canónigo de la Santa Iglesia que fue el confesor primero y el que más la dirigió, el que admirado al verla no hacía más que bendecir a Dios.

Pero ¿a quién no había de asombrar ver a una tierna niña tocar ya los ápices de la perfección cristiana? Preguntándole yo si en aquella edad perdía de vista a Dios, me respondió que no, que si comía allí se le representaba a Dios, y convidaba a su alma a que solo se sustentase con su amor divino y temor, si andaba allí le salía al encuentro aquel amado dueño de su corazón, y aún si su Señora Madre o Abuelas o tías la llevaban alguna parte era tan viva la presencia de Dios, tan activo el amor divino que oyendo no oía, mirando no miraba porque su alma arrebatada de la hermosura de Dios para nada estaba de esta vida; tanto que ya mayorcita cuando su Señora Madre la enviaba a sacar de algún cofre, o armario alguna cosa se quedaba inmóvil fuera de sí,

porque se le representaba tan vivamente Dios a su alma que ya se olvidaba de todo. Por este tiempo o poco después empezó el demonio y las criaturas a perseguirla con las mayores calumnias y temores, pero ella con tan invicta paciencia y silencio lo sufrió todo que hubiera todo quedado en un perpetuo olvido a no haberla la obediencia obligado a decirlo. Una mujer tercera o con hábito que vivía en casa de su abuela tenida por muy virtuosa como muchas que hay de estas que aparentan serlo para llenar la barriga le tomó un odio mortal el tiempo que estuvo viviendo con su abuela, cuantas podía hacerla la hacía, la injuriaba, la calumniaba, y la llenaba de oprobios, pero ella jamás abrió su boca para quejarse; se le representaba lo que Jesucristo y María Santísima padecieron, el silencio, la paciencia, la mansedumbre que siempre tuvieron, que no abrieron sus bocas santísimas para la queja ni la venganza y esto le hacía portarse cual otro Job bendiciendo a Dios por todo. Llegó a tanto la maldad de la mujer que la acusó con su Abuela de un pecado feo que la supuso, cosa que ni entonces ni en su vida jamás ha cometido ni tenido ni idea de el, ni primer movimiento cosa que me ha pasmado. La Abuela que era en extremo celosa por la gloria de Dios creyendo fácilmente aquella falsa impostura y sin más averiguación, azotó cruelmente a la inocente niña quien sufrió con paciencia, humildad y silencio admirable este castigo, y sin alegar disculpa alguna, y menos quejarse con su madre como es costumbre en los de que aquella edad; ya desde entonces aprendió que debía como Jesucristo sufrirlo todo, y lo más admirable es que no hubo ni sentimiento, ni cólera alguna contra quien la había acusado, antes siguió haciéndole cariño como si hubiera recibido de ella un gran favor; fuerza todo de la divina gracia que maestreaaba ya aquel inocente corazón y dirigía sabiamente su alma por las sendas de las mayores virtudes hasta llegar a lo heroico; pues en este caso vemos practicada la humildad y mansedumbre, la paciencia y la caridad, la paz y benignidad a semejanza de Jesucristo que en sus mayores tormentos de la cruz las practicó hasta lo sumo a que ninguna pura criatura puede llegar.

Estando en sus primeros años viviendo con su Abuela era tal la obediencia y caridad, la devoción y ejercicio cotidiano de oración que admira en extremo al leerlo; dormía muy poco y a deshoras encendida de las vivas llamas del divino amor se levantaba a buscar al amado esposo de su alma; cogía una disciplina y afligía su carne

con tanta crueldad que parecía rea de los mayores delitos, enviaba suspiros al Cielo a donde inmóvil se quedaba mirando como que allí estaba su tesoro amado, después iba hacer los oficios y correspondía a las criaturas, fregando los platos, ollas y otros utensilios cosa que cuando las criadas se levantaban ya todo lo encontraban echo. El demonio que no podía sufrir tanta virtud en una criatura hizo cuanto pudo para impedirle todos estos ejercicios. Una noche iba a salir con gran silencio a sus acostumbrados ejercicios y al abrir una mampara de una pieza por donde salía se le presenta una fantasma horrible, ella tímida se revuelve a donde había salido, pero impelida del Espíritu Santo se anima a salir por la misma puerta, y luego se la presenta aquella horrible figura como aterrándola para que desistiese de la empresa. Ella como la primera vez se revuelva amedrentada con lo que veía; pero intrépida, y ansiosa de vencerse así misma para cumplir con los ejercicios Santos tercera vez abre la puerta, y aquel terrible espectro o figura arremetiendo la puerta dio tal estruendo que otra que allí estaba durmiendo despertó aterrada diciendo Jesús, Jesús aquí andan los diablos, y nuestra niña en gran silencio se estuvo en su cama, siguiendo después en sus ejercicios sin que volviese ni a ver ni a temer aquella horrible figura ¿Quién duda que el Espíritu Santo la fortaleció en este caso para no temer las acechanzas del enemigo? A no haber sido así no diga ella en tan tierna edad pero el más esforzado varón hubiera desistido de la empresa, pero el amor de Dios que es fuerte como la muerte y que se había apoderado de toda el alma de María Teresa la hacía obrar con tanta valentía para ofrecer a sus horas determinadas su corazón a su amado Esposo Jesús, y a la Santísima Virgen María, cuya devoción, amor y afecto fue tan grande que parece comparable con el de San Bernabé, mi amantísimo Padre Santo Domingo y San Anselmo, como lo iremos viendo

Empezó a ir al Colegio de Niñas educandas de la Presentación para que allí fuese aprendiendo a coser, leer, bordar y las máximas de la religión cristiana bajo la sabia conducta de la Señora Rectora que lo era entonces la Señora Balcaser, mujer insigne en todo y dichosa por haber tenido tal disciplina. Aquí empezaremos a ver los prodigios de Dios con una serie tan dilatada de ellos que admirarán los siglos presentes y futuros. Y debe advertir aquí a mis lectores que toda la vida de esta singular criatura

esta contenida en los Salmos ciento, ciento y uno, y ciento dos. En el primero se incluye desde el principio de su concepción hasta la entrada en la cárcel, en el segundo, el tiempo que estuvo en la cárcel, y en el tercero desde que salió hasta acabar su preciosa vida. Esta es una de las cosas más raras que Dios ha dicho de esta su querida Esposa y que no se que de otro algún santo se haya echo expresión tan admirable. En lo que llevo dicho se puede conocer bien esta verdad verificada con la mayor propiedad en esta alma, pues en ella la misericordia de Dios y su juicio, esto es su sano temor de tal manera la acompañaron, que como dije este es lo primero que tuvo amor a Dios, y temor a Dios. Dije también que en todas partes en todo lugar no se le apartaba de la memoria esto, y lo veremos más claro en lo que voy a referir.

Lo primero que hizo esta pequeña criatura fue no perder a Dios de vista, no dejar de amarle, temer sus juicios y para esto entregarse toda a él con el ejercicio de todas las virtudes. Esto es lo que practicó todo el tiempo que estuvo en el Colegio, una obediencia ciega a su maestra sin que jamás faltase en la más mínima cosa tanto que no se meneaba del lugar en que estaba sin mandárselo, ponía todo esmero en aprender a leer y lo hacía con tanta puntualidad que le parecía un gran pecado no hacer o aprender lo que le señalaban; tomar con tanto empeño la costura, al mismo tiempo con tanta presencia de Dios que cada puntada era como un vivísimo dardo que hería su corazón para amarle, y leyendo, o barriendo, o ejercitando los oficios más humildes de la casa nada, nada le apartaba de Dios. Muchas veces barriendo los claustros se acordaba de un cuarto que allí hay en la portería de Nuestra Señora que esta barriendo en medio de dos Ángeles, y arrebatada en un profundo raptó obraba aquel acto de humildad con tanto afecto y devoción que quisiera hacerlo con la humildad misma de María, y tal vez así arrebatada su alma en medio de dos ángeles que la ayudaban barría a imitación de la Señora. Esto le sucedió varias veces, y quiso el altísimo obrar con ella estos prodigios para premiar su profundísima humildad, su obediencia admirable, y su inocencia rara. Su humildad era tanta que tenía envidia a las más pobres y de baja esfera de que ellas hubiesen nacido en abatimiento, y ella no era cosa que su corazón se condolía de no haber nacido en el más profundo abatimiento y en la oscuridad más despreciable, y esto fue creciendo tanto en su corazón que cada paso encuentro más

ansias, más deseos, más afecto al abatimiento, al desprecio, a la humillación, a no ser nada, nada, nada pondero en esta materia, antes dijo que si todas sus cosas me han asombrado, esta humildad altísima en sumo grado es la que siempre me ha pasmado. Jesucristo que me ha de juzgar sabe que no miento, ni exagero. Cuando estaba en el Colegio, y después ha sido siempre lo mismo, era tanta su humildad que no quería hiciesen de ella ni aprecio ni estimación, se le iba el corazón tras las niñas más pobres, rebosaba su corazón de alegría con ellas, y repartía en ellas con un gozo tan grande de su alma la comida que de su casa le enviaba su Señora Madre que espantaba a todas. Pero nada hacía, nada obraba sin licencia de su Maestra. Obediencia rara y tanta que todas la miraban ya como espejo de la perfección, observaba con tanto cuidado los preceptos más mínimos, y las insinuaciones más ligeras que para gloria de Dios digo que con advertencia ni en aquella edad quebrantó con advertencia cosa alguna. Pero que si el Espíritu Santo y la bendita Madre de Dios allí le enseñaban y doctrinaban como a esposa y como a hija. El Señor que da el entendimiento a los párvulos, esto es a los humildes, le daba a esta su tierna esposa y humilde parvulita, para observar cuanto se le mandaba, que su corazón se estremecía sólo con considerar podía faltar en algo a la obediencia. Esta circunstancia ha sido tan inseparable en ella para todo, que afirmo como confesor que he sido suyo, y que he explorado, visto y palpado con mis ojos y con mis manos, que en cosas las más arduas, las más chocantes, las más repugnantes a la naturaleza, al honor que llama el mundo, a la reputación terrena lo ha ejecutado con tanta puntualidad, exactitud y temor de faltar en algo, que primero quería morir que faltar en nada, si en ello no se mezclaba alguna simulación o mentira, pues entonces ni aunque la ahorcaran, ni porque la honestasen la acción con capa de buena, de honor, no la hacía en aquella falta en que fuese defectuosa; pero discretísima en extremo, obraba lo que en nada se oponía a la sinceridad y verdad, aunque fuese lo más infame y denigrativo a los ojos del mundo, pues entonces vivísimamente se le representaba su Esposo divino de sangre, Jesucristo en una cruz ejecutando altísimamente por la obediencia lo más infame y vil como era morir en una cruz en medio de dos ladrones como si fuera el peor de ellos para enseñarnos a nosotros abrazarnos con la cruz de su pasión, e ignominia, de su afronta y desprecio que es el camino real de la gloria. Y de



aquí le sucedió a esta dichosa alma que estando en el colegio una de las aprendices hizo no sé que travesura, o se le acumuló a esta niña, pero ella ni se defendió, ni articuló palabra, ni se quejó, y sufrió humilde y paciente la reprensión y castigo que le dieron alegrándose ya tanto su alma entonces de este padecer porque le parecía que ya empezaba a ser discípula de la cruz, y se alentaba con que el amor de su amado Jesús le había de hacer algún día esposa suya uniéndole con él en aquel trono real en que murió que era lo único por lo que suspiraba su inocente corazón.

La Sagrada Virgen María, Madre dulcísima de Jesús y de nosotros pecadores digan de ser amada esta preciosísima Reina con los afectos todos de nuestros corazones sobre todo lo que hay en los Cielos y en la tierra después de Dios, esta dulcísima Señora digo, fue su Maestra en la vida espiritual de nuestra María Teresa en el tiempo que estuvo aprendiendo en él, la instruyó la Señora en todo cuanto ella obró en el templo cuando en el la presentaron sus santísimos padres Joaquín y Ana; le manifestó en qué ejercicios humildes se ocupó, su sumisión y obediencia a quien la gobernaba, su respeto y caridad para con todas, su retiro y silencio profundo que observó, su modestia y mortificación con que procuró portarse, la presencia que de Dios tenía de continuo, la oración humilde y devota con que estaba en el templo, la vigilancia y cuidado que tuvo en guardar su pureza, huyendo aún de la menor sombra que la pudiera empañar con ver aún los objetos indiferentes; estas y otras mayores lecciones que yo no sé expresar enseñó María Santísima a esta su muy querida y tierna niña; pero a donde más la bendita Madre parece que puso todo esmero que aprendiera fue en una humildad profunda, íntima, de corazón. Una obediencia ciega, pronta, alegre a todo cuanto le ordenasen los que estaban en lugar de Dios. Una simplicidad y verdad de corazón en todo aún en lo que fuera lo más duro y contrario a sí misma. He aquí las lecciones de la bendita Madre de Dios, y que aprendió con tanta perfección María Teresa que son los caracteres principales de su espíritu, de todas sus obras, de todas sus palabras, y de todos sus escritos. Caracteres que todos juntos hallados en un alma imposible es que sea engañada del demonio. Caracteres que acreditan hasta lo sumo el espíritu verdadero de Dios en quien los posee como dice en muchas partes de sus cartas San Francisco de Sales, y sentencia que pronunció el Padre Columbiere

aprobando el espíritu de la Venerable Madre Alacoque, y a la verdad no habría ya en la Iglesia de Dios regla fija alguna para conocer el espíritu verdadero del falso, si estas reglas juntas no lo fuesen, que es una impiedad decirlo, pues Dios in necessariis no ha faltado ni faltará a su Iglesia para proveer a la salud espiritual de sus hijos. Ella es la fuertísima torre de David de quien dependen mil escudos y armas, en que denota el Espíritu Santo que esta también fortalecida la Iglesia por Jesucristo que nunca será vencida de sus enemigos, y lo fuera sin duda caso que no tuviera reglas fijas, o señales ciertas para conocer lo verdadero de lo falso. Estemos pues ciertos que estas son las señales ciertas del espíritu verdadero o de Dios, las mismas que en toda su preciosa vida han sido compañeras inseparables de esta preciosa esposa de Jesucristo, y que con razón podemos aplicarla a ella aquello del Salmo ciento: perambulabam, esto es anduve, ando y andaré en lo próspero y el o adverso, en lo dulce y en lo amargo, en las cárceles y en las persecuciones con toda la inocencia de mi corazón, andaré en todas mis obras con toda pureza en la presencia de Dios, y con la inocencia de mi corazón, esto es con verdad, rectitud, y sinceridad. Véase ahora cuanta verdad es esto en lo que le sucedió en el Colegio.

Practicó una por una cuantas virtudes aprendió de la Santísima Virgen Madre como se infiere de lo que llevo dicho y diré, y no como quiera, sino con una perfección, que aún en los muy aventajados en la virtud sería de admirar; pero para que esto se vea más claro véase lo que les sucedió allí mismo en la edad como de siete años, poco más o menos. Después que concluía la costura y daba la lección le enviaba su Maestra al Coro a orar, y rezar el oficio parvo de Nuestra Señora que las colegialas acostumbran rezarlo. En varias de las ocasiones pues que iba sola con una niña ahijada del Señor Villalengua entraba en el Coro, y postrándose delante del Santo Cristo grande que allí está en medio de la reja, era tal el fervor de su oración, su tierno amor a Jesucristo crucificado que arrebatada su alma volaba a los dulces brazos de su amado Jesús llevando tras de sí el tierno cuerpecito que quedaba frente a frente del crucificado Señor. La otra niña admirada al ver aquel portento quiso llegarse movida devoción a los pies del Crucifijo, pero una mano invisible la detuvo en el lugar en que estaba para que no se acercase y solo mirase aquella maravilla tan grande. Así estaba mucho tiempo la niña

María Teresa elevada, y poco a poco iba bajando para ir a cumplir con sus deberes. Ella no hacía ni jamás hizo reflexión sobre de estas cosas, ni las dijo jamás al confesor, porque era tanta su inocencia y simplicidad santa que pensaba que a todos le sucedía lo mismo, en cuya creencia estuvo aún después de ser religiosa. Inocencia rara que no se lea igual en los anales eclesiásticos de muchos santos, comparable sin duda con la inocencia de los Primeros Padres en el estado de la inocencia ¿cómo el Señor no se había de complacer en un alma tan humilde y de un corazón tan inocente? ¿Cómo no moraría el Espíritu Santo en su alma? Con razón se tomó instruirle y enseñarle por sí mismo Nuestro Señor Jesucristo, el camino de la perfección desde los primeros años de su vida aún desde que estaba en el Colegio.

En una de las ocasiones que como he dicho oraba nuestra niña delante de la Santa imagen del Crucifijo que esta en el Coro al mirarlo ella le dijo ¿cómo Señor siendo vos tan hermoso esta tú imagen no lo es? A lo que el Señor por medio de aquel sagrado simulacro: hija, según tu vayas humillándote en tu corazón, y haciendo en todo mi voluntad y destruyendo la tuya, así iré manifestándote yo mi hermosura a tu alma. Lección admirable, que abraza lo más sublime del Evangelio, y que nos enseña cuanto hay que saber, si nosotros lo practicamos para conocer lo que solo revela Dios a los párvulos, a los humildes como nuestra María Teresa. Estos párvulos o humildes son los que arrebatan el Cielo, y los sabios del mundo llenos de sí mismos con toda su sabiduría ignoran aún las cosas más pequeñas que Dios manifiesta a los suyos. Luego que oyó esta dichosa alma documento tan admirable solo procuro en todo no hace su voluntad sino solo la de Dios, y afirmó que por los exámenes y pruebas que yo he hecho desde entonces hasta ahora que tiene treinta y cinco años jamás ha hecho cosa que sea su voluntad aún en las cosas muy buenas y lícitas, y aún necesarias, sino que toda se ah dejado en manos de la providencia de Dios sujetándose en todo a la voluntad ajena. Dígase para gloria de Dios, este voto que ha hecho entre otros no pedir alivio ninguno aún con enfermedad grave, ni dispensa de ayuno, sino lo que espontáneamente quieran hacer con ella los que gobiernan su alma. Dígase esta perfectísima negación de su voluntad, su inclinación al estado religioso fue siempre al Monasterio de Reverendas Madres Capuchinas por hallarse en el cuantas

circunstancias podía desear para vivir olvidada del mundo. Allí no tenía parientas, no había locutorio sino cada cuatro meses, no vuelven a ver a sus parientes hasta la muerte, no salen al torno, todo el año ayunan y comen de viernes sin jamás pedir de limosna pescado, ni comprarlo. Tienen Maitines a media noche, y saliendo cerca de las dos de la mañana, a las cuatro y media vuelven al Coro hasta las seis y media. Andan descalzas, vestidas de un áspero saco, y su cama se reduce a dos mantas de lana, un trozo o almohada de paja. Es grande la observancia de aquella comunidad, y puedo afirmar como que soy el confesor único de aquella santa comunidad, que mi amantísimo Padre San Francisco tiene unas hijas como las que hubo en tiempo de mi Madre Santa Clara, en donde Dios muchas veces ha obrado siendo yo confesor prodigios para acreditar las virtudes de aquellas madres, que en caso necesario estoy pronto a jurar. A este jardín de Jesucristo quiso retirarse esta preciosa paloma, pero como desde pequeña le enseñó Jesucristo a quebrantar su voluntad, en esta ocasión fue solo la voluntad de su director que fuese monja carmelita, y humilde se sujeta por solo hacer la voluntad de Dios. Véase en estos ejemplos a que perfección tan alta llegó esta dichosa alma. Águila celestial que volando sobre todo lo terreno, y aún sobre las reglas comunes de perfección dejó en la Iglesia estas sendas sino nuevas, a lo menos muy pocas veces vistas en práctica.

El Señor que veía los hermosos pasos que esta su amada hija daba en los caminos de las virtudes quiso manifestar el tierno amor que le tenía, mandando a sus ángeles le sirviesen, ayudasen en los oficios, y que la llevasen en las palmas de sus manos como sucedió varias veces que al ir a subir las gradas que hay en el colegio para entrar en el Coro la cogían de sus tiernos brazos y así amantes la introducían en la presencia del Santísimo Sacramento. ¿Pero qué? Si ya su alma estaba inundada de soberanos carismas que la hacían desfallecer en deliquios los más amorosos. ¡Oh niña dichosa esta, dónde llegarás con el tiempo cuando en los primeros escrúpulos de tu vida ya andas como un serafín en el amor de Jesús! ¿Qué volcanes de amor arderán en tu corazón en lo de adelante, cuanto ya en los primeros pasos de tu vida espiritual te enferman tu alma? Así fue lector mío, que sufrió a tanto grado este amor, que no cabiendo en el pecho el corazón como yo lo oí delante de la comunidad y otros

personas la ahogaba porque se la quería salir por la boca, y veíamos con asombro que e inflama de tal manera el corazón que al modo que cuando se sopla una vejiga se va hinchando, así sucedía el corazón de esta alma, hasta que el Señor porque no reventase zafó las costillas de su lugar como sucedió a San Felipe Neri y así las tiene, y no solo sino que después le abrió el corazón por cinco o siete partes para que por allí saliesen llamas del amor divino; y aún no alcanzando esto le acrecentó el corazón el divino esposo como de todo se dirá en su lugar, favores raros, rara vez hallados en las historias.

También sucedió que cuando estaba cosiendo le ayudaban los mismos ángeles, y los primeros corporales que cosió en aquella edad los bordaron con ella los ángeles. Su Madre los envió sin saber nada a sus hermanas que tiene en las carmelitas, las que los pusieron en común con los demás que están en la sacristía; y ahora después de la impresión de la llagas avisaron a Su Ilustrísima los ángeles los recogiese, y no dando a Su Ilustrísima razón ninguna monja de ellos en uno de los raptos se los pusieron delante, los que recogió y guardó. Donde es de admirar el sumo aprecio que quiere Dios se tengan a todas las cosas de esta su querida esposa como lo acredita en este y otros muchos casos sucedidos.

Extrañará a alguno y tal vez muchos lo criticarán, que yo escriba estos hechos, y más con tantas revelaciones que en ellos se referir de los que siempre debe dudar por la incertidumbre o engaño que hay en estas cosas. A estos respondo con dos motivos. El primero que escribo por las razones que San Francisco de Posadas da en el prólogo a la vida que escribió de la Madre Sor Leonor María de Cristo: no tengas, dice lector mío, por increíble lo que parece dificultoso, que las dificultades no hacen las cosas mentirosas cuando a la mano del Omnipotente todo es factible; fuera de que, negar lo que leyeres es robarle a Dios sus alabanzas, porque más puede dar gracias al Hacedor el que niega sus hechuras, y más cuando el favor no se opone a las leyes y doctrina de la Sagrada Escritura. Y por si acaso leyeres algunas cosas de la vida de la Madre María Teresa donde faltaran pruebas o testigos, no te embaraces, porque como quiera que esta vida, que se escribe, no es información, cuando yo ni la doy por santa, ni la canonizo, fuera de que todo lo que aquí se escribiere serán noticias dadas por sus

confesores de los que yo he sido el que más principalmente dirige su espíritu, y confidentes a cuya verdad se debe atender, porque en materia tan grave, nadie pone de su caso contra el seguro de la conciencia y peligro del engaño. El segundo motivo porque refiero sus revelaciones, no es porque defina yo su verdad, o su mentira, aunque si las creo con una fe humana por encontrar en ellas a mi vez los caracteres de verdaderas, con testimonio tan claros que solo los que quieran negar la luz del mediodía, o se preocupe de la envidia farisaica, puede negarla, y porque no repugnan ni a las verdades católicas ni a las Santas Escrituras cuando digo de esta dichosa alma. Antes lo contrario en pocas almas se encontrarán tan comprobadas las cosas de la fe y buenas costumbres con sus prodigios y revelaciones como en las de la Madre María Teresa, y sin duda como lo probaré aparte en diverso capítulo, con evidencia se ve que en los prodigios que Dios obra en esta alma quiere darnos los caracteres y seriales fijas de los que son de Dios, a los que son del diablo, quiere también comprobar un dogma de fe definido por la Iglesia contra los herejes centuriadores Magdeburguenses, y Melitón calvinista los que decían que es falsa toda revelación, o que no hay ninguna verdadera. Error conjurado por mi angélico Doctor Santo Tomás 22<sup>o</sup>q.174<sup>a</sup>.6.ad3 quien dice: “que en todos tiempos no han faltado Profesar en la Iglesia Católica, no para establecer nueva doctrina en la fe que profesa, sino para el arreglo de las obras humanas. Esto mismo dice el Señor Benedicto XIV de Canoniz et Beat. S. Cap. Ult. A más de esto escribo porque si hoy día se escriben tantas fábulas, tantas novelas y libros perniciosos que no hacen más que ilustrar el entendimiento con palabras dulces, y sofismas chistosos que llevan en si el más eficaz veneno para arrastrar la voluntad al libertinaje irreligión, fanatismo, yo escribo no fábulas, sino unos hechos que son un registro de heroicas virtudes, practicadas por esta alma en el discurso de 36<sup>a</sup> o unas revelaciones que son todas dirigidas a la práctica de las virtudes a excitar los corazones al amor de Jesucristo Crucificado a la abnegación de nosotros mismos, a la práctica de la verdadera humildad, obediencia ciega, guarda de los santos mandamientos, observancia de los consejos evangélicos, y en fin, que enseñan lo que un alma debe hacer para alcanzar la verdadera santidad y perfección. Esto es lo que encuentro yo en la vida de la Madre Teresa y en sus revelaciones, sin que yo por esto intente prevenir en

nada el juicio de la Iglesia que es la columna de la verdad, a la que en todo me sujeto hasta la muerte.

### **Capítulo 3**

#### **De la vida que tuvo en su casa, ejercicios, virtudes y prodigios.**

Se lee en el Santo Evangelio que Nuestro Señor Jesucristo crecía en edad y sabiduría delante de Dios y de los hombres. Los Santos Padres intérpretes de la Sagradas letras explican admirablemente este maravilloso aprovechamiento, que yo omito el referirlo por no obscurecer con mi ignorancia su clarísima exposición. A este ejemplo digo que sucedió guardando la debida proporción que hay de un Dios hombre, a una pura humana criatura con la Madre María Teresa. En medio de su casa relució como un lucero, con las brillantes luces de todas las virtudes, viéndose todas acompañadas de una suma inocencia y santa simplicidad que realizaba aquellas admirablemente, y la dejaban ver como una criatura en quien Adán parecía no había pecado. A esta admirable inocencia juntó una obediencia a sus Señor Padres tan grande, que no se verificó faltase en lo más mínimo. Una mirada de ojos de su Señora Madre era para ella un riguroso precepto, así es que puedo afirmar que llegó a poseer en tanto grado esta virtud en su misma casa, que igualó a la que puede tener la más perfecta religiosa. No tenía acción propia, solo obraba lo que si Señora Madre quería y como quería, nada se ponía de vestido sino lo que ella le mandaba, y como lo ordenaba, si cosía, si escribía, si oraba, si salía era todo como era voluntad de su Madre llegando a tanto que no comía, ni aún bebía sino lo que ella le daba, o con su licencia. Por eso ella me decía que cuando entró en la religión nada encontró de difícil y que había entrado en una vida regalada y floja en comparación de la que había pasado en su casa. Con razón ya desde entonces llegó a tanta perfección, que era el ejemplo de virtud en Guatemala. Testigos son todos los vecinos de Guatemala, ricos y pobres, niños y Señores Canónigos que con asombro la veían en Santa Rosa que servía de Catedral, ir todos los \_\_\_\_\_ a comulgar y estar allí horas enteras como estática, y que su semblante, compostura y modestia denotaban la grandeza de su alma. Yo he oído varias veces a varios Señores capellanes que le iban a dar la Sagrada Comunión ponderar su devoción, su abstraimiento de todo, su fervor, y no sé que cosas que siempre les

llamaba la atención, y les movía a devoción ¿pero qué mucho? si allí arrebatada su alma del inefable amor de Dios con haberse quedado en el Santísimo Sacramento por los hombres se quedaba enajenada, fuera de sí y su corazón se derretía de amor de Dios ¿qué mucho que admiraran en ella cosas tan peregrinas cuando veía claramente con sus ojos al mismo Jesucristo en la Sagrada Hostia? En una de las ocasiones que fue a aquella Iglesia, ansiosa más que nunca de recibir aquel pan del Cielo, que aún no le habían permitido recibiese, clamaba en su fervoroso corazón porque su amado Jesús se dignase hacerle la misericordia de venir a su pobre morada. Se sintió interiormente compelida y con mucha fuerza para que llegase a la sagrada mesa a comulgar, mas su tía la Reverenda Madre Abadesa que es ahora Sor Rafaela Piñol con quien fue ese día no se lo permitía. Quedo ella sumamente desconsolada de verse privada de lo único porque anhelaba su alma; pero humilde y obediente no hizo más que hacer actos de conformidad con la voluntad de Dios. Los deseos crecían más, las ansias de su corazón no las podía reprimir. En esto salió un sacerdote a decir Misa, que creo fue el Padre Don Domingo Juarros, y estando este por consumir se voló una partícula de la hostia que volando en un globo de luz vino a la boca de esta preciosa alma, conque quedó aquel día tan fuera de sí y tan endiosada que parecía transformada en Jesús. Esta fue la primera comunión que hizo ¡oh dichosa niña! ¿Qué causaría en su alma este pan celestial? ¿Qué aumentos de gracia habría en ti? ¿Qué incendios de amor divino arderían en tu pecho? ¿Qué abrazos tan tiernos te daría el Esposo Divino? ¡Cómo te uniría a su amoroso corazón! ¡Cómo te introduciría en aquella bodega del vino de su dulce amor! Considere cada uno lo que pasaría en una alma tan limpia, tan virtuosa, tan inocente que yo no le se decir. Solo sí afirmo que los vuelos de su alma para llegar a la unión con Dios eran tan asombrosos que parecían ya que en ella se verificaban aquellas del alma santa: yo soy toda para mi amado y mi amado es todo para mí.

El ejercicio diario en su casa fue este: se levantaba a la media noche con gran silencio porque dormía junto a su Madre, rezaba parada y descalza el oficio parvo de Nuestra Señora. Como a la una se acostaba cuando mucho, y se levantaba a las tres de la mañana. Como la Santísima Virgen ha sido siempre, después de Dios, a quien más ha amado, a ella y por ella le ofrecía su corazón, su alma, sus potencias y sentidos,



todas sus obras, sus deseos para que se los ofreciese a la Trinidad Santísima. Una soberana luz que admirablemente le enseñaba, le arrebatava tan fuertemente su corazón y su alma que la tenía en una oración profundísima, y casi continuada. Se ponía después sin perder la oración, y sin apartar su mente de Dios al trabajo. Iba a hacer los oficios de las criadas, de manera que cuando estas despertaban ya encontraban hecho lo más o todo lo que ella por sí podía hacer, y jamás su Señora Madre supo nada de esto, y en el resto del día ejecutaba cuantos oficios mecánicos podía de ellas para evitar las reprensiones que le pudieran echar. Después saludaban con humilde respeto a su Madre, le besaba la mano y las dos juntas iban a la Iglesia en donde jamás su Señora Madre le permitía sentarse ni menos ella lo solicitaba. Solo en una ocasión sintió interiormente una incomodidad porque ya no podía sufrir el estar hincada, pero castigó tan severamente en sí esta pasión y este defecto como el crimen mayor que ha hecho toda su vida, y esto que no fue con plena advertencia, y este es el mayor defecto que en toda la serie de su vida se encuentra, y la única pasión que en su niñez la apuntaba, y que en aquella edad procuraba con durísimas penitencias destruir. Había oído decir que la cólera se quitaba con sumo de naranja agria y de continuo tomaba líquido este amarguísimo acíbar hasta que llegó a triunfar de tal manera de la ira que ni el primer movimiento de ella volvió a sentir. De las pasiones para gloria de Dios lo digo, que habiéndola examinado repetidas veces, y preguntado de mil modos ni primer movimiento de ellas sintió. Privilegio admirable y milagro que sobrepuja a todos los milagros. Luego que volvió a su casa recibía de manos de su Madre, la tortura que había de hacer sin que ella por su voluntad eligiese esta, o la otra, y perseveraba en ella hasta que la misma Señora la levantaba. Entonces sentaba a su hija al lado y la buena Señora empezaba a instruir la en los caminos del Cielo con palabras tan eficaces, y con tanto amor que la hija estando en sumo silencio escuchándola volaba a los dulces brazos de su amoroso Dios. El temor de Dios, la gravedad de la culpa, las penas eternas de los réprobos, las finezas de Jesús para los que le aman, la devoción a la Santísima Madre de Dios, la imitación de los Santos para lo que le leía, o la hacía leer sus vidas. Eran las continuas lecciones con que procuraba la buena Madre instruir el espíritu de su hija, y las palabras de vida con que vivificaba aquella tierna planta, estas

eran las semillas que sembraba en aquella buena hierba de su docilísimo corazón que con los riegos de sus buenos ejemplos formó un huerto delicioso lleno de las más olorosas virtudes para el Esposo de las vírgenes, y no solo formó este huerto lleno de delicias sino que procuró estuviese cerrado a todo lo que no era Dios. Para esto no la dejaba juntar con ninguno, no le enviaba ni a visitar a sus mismos parientes, pues como otra Sara sabía que en esto está regularmente la ruina de las niñas. Solo ella criaba a su hija, solo ella la instruyó, solo sus máximas quería imprimirle, porque solo quería formar en ella una esposa para Jesucristo, y lo consiguió. Dichosa Madre que seguiste la máximas del Espíritu Santo en la formación de esta preciosa alma. Dichosa que no siguiendo las corrompidas educaciones de tu siglo, pudiste tu sola atender a que no la sangre ni la carne, sino solo a la voz del Espíritu para dar dirección a tu querida hija. Aprendan las madres de esta Madre y vean las hijas que han de hacer a vista de esta hija si quieren salvarse y no perderse eternamente. En esto pasaba el día, y de noche era cuando soltada las alas a su abrazado espíritu para que volase a buscar como la tortolita, a donde poner el nido de sus encendidos afectos en el avuquero de la preciosa llaga del santísimo corazón de Jesús único descanso de esta inocente paloma.

Después que rezaba a las ocho de la noche con su Madre y tenía con sus hermanos media hora de oración, se retiraba al oratorio de su casa y allí empleaba hora y media en altísima contemplación. Se venera allí una sagrada imagen de María Santísima de los dolores, que es la tutelar del Oratorio y la Señora la hacía ver todas sus obras, las imperfecciones que las habían acompañado, y como Madre amorosa la corregía de todo. Cerraba la Sagrada Imagen los ojos en lo que esta niña mediante una superior luz que iluminaba su alma conocía hasta las más pequeñas faltas, que le causaban tal espanto y temor que es como imposible el decir hasta donde llegaron sus temores, sus ansiedades y las congojas de su espíritu. A nosotros aún las mayores faltas se nos representan pequeñas, pero Dios en cuyos ojos los siete Ángeles de las Iglesias de Asia tuvieron todos menos uno defectos muy notables, cuando por su santidad eran tenidos por grandes hombres, iguales a los Ángeles, hallaba en esta alma aquellas faltas de las que, aún los más justos no se hallan ejemplos. Se las manifestaba como realmente eran, y aunque no eran pecados graves, ni leves con plena advertencia

pero eran faltas que al Esposo divino le hieren el corazón, como sucedió con el alma santa que hirió el corazón de su querido esposo dos veces con un cabello mal puesto de su cuello, y con una ligera vista no al parecer desarreglada. Estas correcciones fueron perfeccionando tanto esta dichosa alma, que aún la palabra sola de pecado la aterraba. Aquí entró en una purgación terrible de su espíritu tan dilatada y penosa que la muerte misma sufrida mil veces con todos sus horrores la hubiera sido muy dulce; por que para un alma que ama a Jesucristo ¿qué cosa más dulce y suave puede haber que padecer y morir? Pero ¿qué cosa más horrorosa, amarga, terrible y penosa puede haber para quien solo desea a Jesús, y que no ama más que a Jesús, que el pecado? Todo le parecía pecado en esta obscurísima noche a esta afligidísima alma el ver y el no ver, el hablar y el no hablar, el menearse o estarse quieta, el dormir o le velar, el confesarse o no confesarse llegando a ver para ella todo tan tedioso que hasta la misma luz del día si se puede decir les era repugnante solo por representársele la sombra del pecado, las tinieblas de la noche le eran la hiel más amarga por representársele en ellas las tinieblas eternas del infierno que como pensaba le aguardaban para siempre por sus imaginados pecados. ¡Oh alma afligida! ¡Oh mártir de la caridad! ¿Quién no teme a vista de esto? ¿Quién no se estremecía a vista de una vida tan inocente que jamás perdiste la gracia del bautismo, con una infinidad de culpas que como yo he cometido? ¡Oh Dios misericordioso! compadécete de mí, que mi corazón se estremece a vista de esto, y no tengo otro asilo para salvarme que tu infinita misericordia, la sangre preciosísima de tu hijo Jesús mi Redentor, y los ruegos y méritos de tu querida hija mi Señora la Virgen María.

Entre estos combates, estas purgaciones y estas pruebas tan terribles con que se vio hasta lo sumo afligida y angustiada esa sagrada virgen, el nivel que siempre la gobernó, el timó que la dirigió fue la obediencia ciega a su Director. Una sola palabra de este bastaba para sosegar la más terrible tormenta, y no se verificó una sola vez que faltase en cuanto le ordenó. Por mucho años padeció este martirio que realmente lo es, y sino se sujeta el alma a la obediencia de su Director que es la única para sostenerse en estos borrasca sin duda alguna se pierde, como yo lo he visto en alguna persona hasta llegar el caso de tomar veneno para quitarse la vida, en lo que se hecha de ver

que es más amargo que la muerte lo que padecen las almas cuando Dios las tiene en semejantes pruebas, indispensable para purificarlas de las escorias terrenas y hacerlas así capaces de las cosas del Cielo; pues aún a San Pablo en su admirable conversión lo derribó Jesucristo para levantarlo a mayor estado, y le dejó ciego, hasta que quitándole las cataratas significantes de lo que hay terreno en el hombre que le impiden ver y entender las cosas de Dios, le restituyó la vista milagrosamente para que pudiera ver lo que antes era muy incapaz de ver ni de ver ni de entender. Nuestra Madre María Teresa en este prolongado martirio de muchos años que duraron hasta mucho después de la toma de hábito, se abandonó enteramente en manos de Dios para que hiciese de ella lo que fuese de su divino agrado; y no solo sufrir este martirio tanto más penoso cuanto viene de mano más poderosa que es la de Dios, quien cuando atormenta maravillosamente aflige como decía Job, maravillosamente me crucias, que es un padecer íntimo, espiritual y extremo, sino que también ella enseñada del mismo Dios y del ejemplo de sus Santos se atormentaba para suplir así lo que faltó a la pasión de su dulce Redentor que es concurrir nosotros con padecer con él y por su amor. En todos los viernes ya sentía muy a lo vivo en su alma la pasión de Nuestro Redentor, y desde luego para eso la hizo participante de aquel clavo que atraviesa su cabeza que con admiración y pasmo mío y de todos lo que le hemos tocado con nuestras manos, la hizo participante digo de este clavo para atraerle su memoria y su voluntad, y su afecto a la Pasión Santísima, por eso en los viernes padecía en extremo así en su cuerpo como en su alma, aún desde muy pequeña, cosa que todos los de su casa veían, pero ignoraban la causa superior de aquel padecer.

Todos los viernes cuando iba por de noche a su oratorio un Santo Cristo que allí hay a un lado en donde se reviste el sacerdote con un rayo de luz que de él salía la enseñaba a conformar su vida con él en la cruz, le daba los documentos más admirables para conseguirlo. Su alma recibía abundantísimas gracias con que anhelaba con eficacia por estar crucificada con Cristo en la cruz para Dios y todas noches de los viernes era trasplantada a la cueva de Segovia o así se le representaba en donde mi Santa Madre Santa Teresa entró a orar a mi glorioso Padre Santo Domingo. En ella le representaba Jesucristo cuanto había allí padecido por su amor aquel gran santo, viole

transformado en Cristo Crucificado y la vehemencia con que su preciosa alma sintió por toda su vida la Pasión toda del divino Redentor. Le hacía ver Jesucristo que la quería perfecta imitadora de aquel siervo suyo que aunque escondido a la vista de los hombres, que estaba su alma perfectamente crucificada con él, pues deseaba padecer por su amor como el siervo desea las fuentes de las aguas, no habían sus deseos quedado defraudados, pues allí le representó la pasión que padecía a manos de los demonios Domingo hasta morir en una cruz. Entendiendo ella que esto se lo representaba el Señor para que trabajase el Señor cada día más y más en conformar su vida con Cristo Crucificado como lo hizo mi amantísimo Padre. Este Santo bendito fue sino el primer modelo que le puso Dios para imitar, de los primeros y más principales. Desde entonces hasta ahora sintió en su espíritu una acerbísima pasión, una amargura y pena en su alma todos los viernes del mismo modo que mi glorioso Padre lo sintió y se renueva esto en la novena y festividad del Santo bendito siendo indecible lo que su espíritu, alma, corazón sienten, y esto mismo le sucede en las festividades de dolores, Semana Santa, Sangre de Cristo, Corpus, sin duda que como son días de la Pasión, o en que más los cristianos crucifican con sus culpas a su Redentor, que era lo que en extremo hacía llorar a mi bendito Padre quiere el Señor que esta su Esposa sienta como aquel que tan parecido fue en todo con Jesucristo. Conoció esta alma la dolorosa Pasión que en su espíritu sintió por su vida mi glorioso Padre como lo conoció su Santa Madre, favor que a ella le hizo muy antes de las impresiones.

Desde que el Señor la puso por modelo para imita a mi glorioso Padre es indecible el empeño que ella tomó por seguir sus arduas sendas, y lo mucho que el Santo bendito obró para animarla a la perfección. Empezó aquella penitencia tan rígida que solo el acordarse estremece y se dirá en su lugar: aquella caridad para los pobres tan singular, aquellos ayunos tan rígidos, aquellas vigilias tan prolongadas, aquella oración tan continua, deseaba con ansias padecer por Jesucristo, y dar la vida por su amor. Tomó un santo odio contar su misma carne y la persiguió de amañera que los que leyesen sus asombrosas penitencias llegaran a poner duda en ello; pero no hay duda, yo afirmo delante a Dios que todo lo que de sus rigurosas penitencias es mucho verdad, y no es todo lo que de más hizo y no se sabe, hasta el día del juicio, o que el

Señor por otro conducto no tan dudoso como el mío lo haga ver al mundo, para que se vea que en todos los tiempos ha habido en la Iglesia Católica aquellos preciosos y grandes racimos que los hijos de Israel hallaron en la tierra de promisión, quiero decir almas santas como aquellas que florecieron en los primeros siglos de oro de la Iglesia, y asombraron la Tebaida y el Egipto y al mundo entero con sus asombrosas penitencias y heroicas virtudes. A un tiempo diré sobre esta materia lo que mi Santísimo Padre Domingo obró con esta alma para animarla a esta penitencia asombrosa, poniéndose a su vista del mismo modo que cuando él en la tierra con la dura cadena se abría sus virginales carnes tres veces cada noche de donde como dice la Iglesia corrían ríos de sangre, y que imitó con asombro esta preciosa esposa de Jesucristo.

Iba nuestra Madre María Teresa en el siglo obrando de tal manera en medio de su pueblo los ejercicios de todas las virtudes con tal perfección que llamaba de continuo la atención de todos. Las Señoras la proponían para su imitación a sus hijas, y con razón pues veían en ella el desprecio mayor de todas las cosas del mundo, siendo así que ninguna estaba en iguales proporciones de honores, riquezas, nobleza, genio, etc., como ella. He aquí lo que altamente grabó en su corazón para obrar: apartar de sí todo lo malo que le mundo cohonesto (disfraza) como bueno. Vanidades nunca las tuvo, pues mirábamos a esta hija del Márquez de Aycinena ir a la Iglesia en las mayores fiestas con unos zapatos viejos, su ropa en extremo honestísima pero alta por aquí, por allí hasta el suelo sin duda alguna hecho de propósito para atraerse el menosprecio, y cosa rara por donde ella pensaba merecerse las burlas, llamaba la atención para que todos al verle el desprecio que de sí hacia la llamasen Santa. Esta es la voz con que comúnmente la llaman todos. Que desde el siglo era una Santa, sus riquezas eran para ella basura, y fue siempre su pesar no haber nacido pobre, no gastaba ni aliños, ni peinados, ni concurría a espectáculos, ni a diversiones. El Espíritu Santo que íntimamente dirigía a esta alma, desde este tiempo la hacía sentir una repugnancia o fastidio a todas las personas o que estaban en pecado, o que seguían al mundo, o que olvidados de Dios atendían a cosas terrenas o perecederas, verificándose en ello aquello del Salmo ciento: no proponebant ante oculos meos rem iniustam, pacientes prevaricaciones odivi, pero ¿cómo no había de aborrecer todo esto que el mundo y

mundanos tanto aman, pues él mismo le manifestaba las infinitas culpas que con ellas se cometen?

Desde este tiempo sin saber ella en que consistía se hallaba interiormente movida a una repugnancia grande para comunicar con aquellas personas que estaban mal con Dios, o que sus intenciones no eran rectas, sino dirigidas a lo malo. Sin duda el Espíritu Santo, único maestro de la verdad, que habitaba en medio de su alma, pues el mismo tiene dicho con el Santo serás Santo, y con el perverso te pervertirás, y no hay cosa más fácil que pervertir a un inocente que no conoce lo malo, ni sabe de ningún pensar mal, y que de todos piensa bien menos de sí, así era Nuestra María Teresa, no juzgaba más de nadie, solo de sí pensaba tan mal que se miraba en un mar de culpas tanto que a su Confesor que lo era entonces el Señor Carbonel, le traía en un continuo tormento con sus ansiedades, congojas y angustias, que no eran otra cosa sino una purgación de espíritu con que Dios iba purificando su alma de la escoria de las imperfecciones, para prepararla y hacerla más apta con aquellas penas que yo hallo eran ya aquellas ascensiones que dice David donde iba subiendo a los brazos de su esposo, para la desposorios divinos que después celebró con ella el Esposo Divino; pero como dije, el Espíritu Santo la apartaba de lo malo, y de las criaturas malas o que con solapa de bueno, o de honesto pudieran manchar su mancilles y inocencia. Cuando ella vio esto, trató seriamente de retirarse de los peligros del mundo en la soledad de los claustros, pero de unos claustros en donde no supieran quien era ni de que linaje, sino que era, me decía, una pobrecita de la escoria del mundo, que ansiosa de hacer penitencia por sus grandes culpas, iba a aquella casa de Dios. Pensó entre si como lo conseguiría, y se resolvió huirse a un puesto de mar a embarcarse en un navío inglés, a quienes, me decía, pediría que por Dios la pasasen a España, y puesta allí ella pasaría vestida de pobre a Pamplona, y allí encerrarse en un monasterio, hacer penitencia, y vivir desconocida. Esta ha sido siempre su ansia sepultarse a donde ninguno supiese de ella, vivir una vida escondida en Cristo, y que ninguno supiese de ella cosa alguna. Por este motivo nunca le gustaron las vidas de aquellos santos y santas que tuvieron cosas extrañas, admirables y públicas como la de San Enrique Susón y Santa Verónica, y siempre fue amantísima de San Luis Gonzaga y de Santa Rosalía uno y otro mártires

escondidos de la caridad, pero Dios que siempre la llevó por donde ella no quería, hizo que siguiese con perfección la vida escondida de San Luis y de Santa Rosalía, y hizo que fuese un vivo retrato de San Enrique Susón y de Santa Verónica sin que la haya faltado de uno y otro lo más mínimo así de sus penitencias, persecuciones, desamparos, trabajos, abatimientos, desamparos, etc., como de los más insignes favores con que el Señor honró a estos dos siervos suyos, que fueron también guiados no por donde ellos querían que era tener una vida escondida, sino por donde fue la voluntad de Dios, a la que humildes se sujetaron, como lo ha hecho esta esposa de Cristo. Haciéndola yo reflexión ¿cómo se había de ir con los ingleses para que la transportasen a España, que si no sabía que eran herejes, y a más de esto, una niña entre hombres, y hombres sin religión era exponerse a perder su virginidad? Me respondió de tal modo, que ni sabía, ni conocía en que estaba el pecado de la impureza, y me confirme que el Señor ha hecho a esta alma la prerrogativa singular, de que se halle como en el estado de la inocencia. Confirmome el Señor en esto mi pensamiento, esto es de que la echó el singular privilegio de no conocer ni sentir nada sobre esta materia, lo que diré a cerca de lo que el Señor la manifestó acaecía en los teatros de comedias donde se bebe este pecado de todos modos, y con esto esta alma estaba en la inteligencia que la impureza era la cólera, admirable inocencia, candor singular, privilegio raro de Dios con quien quiso honrar en un siglo todo de corrupción, esta admirable alma, y que se verificó en ella al pie de la letra aquello del Salmo 100 declinantem a me malignum non cognocebam; pues nunca su alma ni su corazón no dijo no siguió, pero ni conoció el maligno espíritu de la carne que en este siglo infeliz ha corrompido todos los caminos del Cielo.

Tuvo muchísimos deseos de ser capuchina en el religiosísimo Convento que hay en Guatemala, y no hay duda que hablando tejas abajo, este espíritu hubierase remontado en aquel relicario de Jesucristo, según el estado feliz en que se halla aquella Comunidad. Por pública voz y fama, y mucho más por la experiencia que tengo en los dos años y medio que llevó de ser el único confesor de aquellas Reverendas Madres, puedo asegurar que mi Madre Santa Clara habrá tenido desde que fundó sus monjas, Conventos de observancia al tanto que este, pero más creo que no. Allí se encuentran



almas heroicas que vuelan rápidamente por las virtudes, de que aparte daré razón para gloria de Dios, atestiguando Su Majestad con prodigios las delicias que tiene en aquellas almas. Iba nuestra Madre María Teresa con frecuencia a aquella Iglesia a comulgar, y el Señor transportándola al Coro se dejaba ver de ella el amado Redentor en medio de aquellas sagradas vírgenes recreándose en sus alabanzas, y en sus amantes corazones, esta y otras cosas vio en distintas veces, y con frecuencia miraba llena de ángeles la santa capilla donde se reserva al Santísimo y está el confesionario de las religiosas. Todo esto era un incentivo poderoso que la movía a procurar ser una de tan regaladas esposas de Cristo. Su voluntad mucho más se determinó a solicitarlo desde que mi amantísimo Padre Santo Domingo le manifestó en su Iglesia un día de la novena, que el Altísimo la quería para religiosa. Su voluntad anhelaba ya con ansias cumplir la voluntad de Dios. Sus deseos interiores de vivir retirada, olvidada, penitente, mortificada los hallaba conformes a lo que realmente hay en este Monasterio; mas como siempre el Señor ha obrado en ella lo contrario que ha querido aún en lo más bueno y perfecto que a ella parecía, así fue en esto, pues no quiso fuese capuchina, aunque por su acendrado amor a las hijas de mi Seráfico Padre San Francisco el Santo bendito la ha favorecido con singular amor, siendo uno de los singulares protectores que Dios le ha dado y de que hablaré en su lugar, y lo mucho que para ella ha alcanzado de Dios.

**Capítulo \_\_\_\_.** **De su determinación al estado religioso, y entrada en el Convento.**

Por lo que llevo dicho se ve claramente a que perfección y santidad había elevado Dios a esta alma en el siglo, y afirmo que no es ni la más mínima parte lo que escribo a lo que realmente fue, ni tampoco lo puedo decir con tanta menudencia y claridad como ella misma por obediencia tiene escrito. Determinada pues por la voz de mi glorioso Padre Santo Domingo que le habló en su Iglesia haciéndole ver la voluntad de Dios de que fuese religiosa, deseaba con ansias verificarlo para consagrarse más y más en las aras del amor divino por los solemnes votos de obediencia, pobreza, castidad y clausura. Como digo lo deseaba verificar en el Monasterio de Reverendas Madres Capuchinas por hallar en él cuanto apetecía su espíritu; no dejaba de tener una fuente y secreta inclinación al monasterios de religiosas Teresas, y especialmente

cuando a las nueve de la noche tocaban el segundillo para Maitines, era como que le arrastraban ahí su corazón, y una voz íntima que le decía aquí esta tu morada. Un combate bastante largo fue este en que su espíritu tuvo bastante que pelear. Una de las muchas causas que le retraían a ser carmelita era el que allí tenía tías hermanas de su madre. Pensaba que la carne podría servirle de estorbo para entregarse sin reserva a su amado Jesús, que las tías le impedirían la vida penitente y austera a que se sentía fuertemente llamada por el Espíritu Santo, que le habían de procurar los alivios y distinciones de que ella iba huyendo, que las demás religiosas por las tías y las tías por las religiosas o no harán con ella lo que con la más ínfima religiosa se hace y que ella tanto deseaba, o que a son de cuidarla querrían unas y otras arreglar los ejercicios de su vida al modo de ellas o como a ellas les pareciese y gustase, y no conforme a la voluntad de Dios que tan claramente se le había ya manifestado cual era mediante la voluntad de su confesor. Todos estos inconvenientes decía ella los hallaba fáciles de vencer en las Capuchinas, pues allí no tenía parientes que le pudiesen impedir sus deseos, ni las religiosas a quien mirar para hacerla que se ejercitase en los oficios humildes y abatidos de la Comunidad. Otra razón que le detenía para ser Teresa y la inclinaba a las Capuchinas era que en las Capuchinas solo hay locutorio cada cuatro meses, no se ven ya ni a sus parientes, no los ocupan para nada, se mantiene de limosna; lo que no encontraba en las carmelitas, pues allí tienen reja o locutorio cada mes, miran a sus parientes, los ocupan en lo que han menester y tienen dote, o rentas. Ya todo esto lo tiene ella reformado a costa de mil trabajos como se dirá. Estas y otras muchas razones eran otros tantos combates que afligían su alma sobre ¿a dónde se retiraría? En dónde como tórtola espiritual encontraría un agujero en la piedra amada para allí escondida para todo lo que no es Dios, para solo Dios formase, o en solo él formarse un nido precioso adonde poner los afectos todos de su enamorado corazón. Como solo anhelaba por ser únicamente de solo su amado Dios pensaba, y meditaba en donde conseguiría esto que buscaba, esto que deseaba. Aumentó sus súplicas humildes a su amado Dueño Jesús, empeñaba con lágrimas y suspiros a la Santísima Virgen María para que ella fuese la estrella del norte que la guiase al deseado Puerto a que Jesús la llamaba. Novenas a los santos, ayunos rigurosos, penitencias exquisitas,

oraciones que pedía a las Comunidades y a todas las almas piadosas, todo esto empleaba para merecer de Dios el acierto, en la elección del Convento. Documento admirable que así en esto como para todas sus cosas ha observado esta humilde alma, con el que nos enseña lo mismo que nosotros debemos hacer para la elección de los estados, para el buen éxito de todas nuestras cosas, y con el que nos reprehende el orgullo y arrojo de que los que sin oraciones, sin lágrimas, sin consejo entran en los estados sólo por la pasión, por el interés, causando como vemos tan malos frutos porque el mal árbol ¿qué ha de producir? Reprehende también a los que sin meditar, ni reflexionar sobre lo bueno que intentan hacer, lo ejecutan sin pedir al Espíritu Santo su soberana luz, a la Santísima Virgen su amparo para ver si aquello bueno que deseamos es o no del agrado de Dios que nosotros lo obremos, porque no porque una cosa es buena ya la debemos obrar, porque nos sintamos movidos ha hacerla; porque si nuestra voluntad propia, y no la de Dios es la que nos mueve, nos sucederá lo que a Saúl con el sacrificio que hizo después de la destrucción de los amalecitas. La voluntad pues sola de Dios es la que hemos de averiguar para hacerla y así lo hizo Nuestra Madre María Teresa.

No dudo que habiéndole revelado mi amantísimo Padre Santo Domingo que la voluntad de Dios era que fuese religiosa, en cualquiera de los dos conventos hubiera encontrado su amado descanso en que vacar a Dios apartada de todas las criaturas; y que si hubiese determinado ser capuchina, allí hubiera encontrado a su amado esposo Jesús, allí hubiera sido enriquecida de sus soberanos dones, allí hubiera llegado a celebrar sus espirituales desposorios, y celebrado con él, el espiritual y castísimo matrimonio que celebró en las carmelitas, porque hay almas tan privilegiadas que al modo de ciertas plantas que en cualquier jardín que se planten, florecen con hermosura, esta laya de almas en cualquier monasterio son hermosas a los ojos de Dios que producen colmados frutos de santidad. La historia eclesiástica esta llena de ejemplos que lo prueban, mas ella que desde su niñez había ofrecido no hacer en cosa alguna su voluntad enseñada del crucifijo del Colegio de Niñas, se sujeto a la voluntad de su Señora Madre y del Señor Dean Don Antonio Carbonel su confesor, este la aconsejó fuese carmelita en atención a un dolor continuado que padecía. El demonio hizo cuanto

pudo para estorbar esta resolución. Se la ofrecieron por una parte pretendientes para casarse, los que empeñaron a las personas más condecoradas para conseguirlo; esto fue lo que menos cuidado le dio, y lo que más fácilmente venció; porque decía ella que quería un esposo que tuviera unas prendas sólidamente buenas, que fuera fiel e inmutable, y que no perdiese jamás su hermosura, y que solo en su amado Jesús hallaba estas cualidades con excelencia y que en los demás todo era engaño, y su hermosura hoy era y mañana desaparecía semejante al heno que de repente cuando florece se cae la flor y ya no existe. Lo que más la afligió fue la enfermedad que padecía. El médico Doctor Manuel de Merlo opinó que no debía ser monja, ni las religiosas la podían recibir, pero el Reverendo Padre Jubilado y Doctor Fray Miguel Lanuza, religioso de mi Padre San Francisco de singular virtud como que mereció los honores que a los justos se les hace en su muerte, la alentó y aseguró que sería religiosa y sanaría; en efecto se siguió su dictamen, y se verificó lo que él dijo pues sanó en la religión y sucesivamente le fue diciendo otras cosas que se han verificado al pie de la letra como se dirá. Determinada ya a entrar en el Monasterio de Carmelitas fue su Señora Madre a pedir el hueco, pero lo pidió para religiosa lega, y que la recibiesen sin dote, no porque le faltase sino por el ansia que tenía de tener el más ínfimo lugar toda su vida y era lo único que anhelaba; y que la tratasen como a una que había entrado en la religión son llevar nada a ella, con la mira de que la tratasen con el menosprecio que cualquier pobrecita que viene de cualquier rancho sin caudal, sin nobleza sin cosa alguna de estas que tanto estima el mundo, y que suelen causar distinciones entre las mismas personas que todo lo han renunciado. Esta contienda de ser lega, y entrar de limosna fue grande. Decía ella a las monjas que la admitiesen así, que su Señora Madre por vía de limosna daría más al Convento que ella con la dote, pero que su inclinación era de ser lega, y entrar sin dote, y esto era lo mismo que la inclinaba a entrar en las Capuchinas. No accedieron las Madres Teresas sino que entrase de velo negro, y con dote, a lo que se sujetó por mandado de su confesor, y aquí se ve cómo en todo obró Dios en ella lo contrario a su voluntad, aunque lo que deseaba era sin duda de más perfección; pero hace la voluntad ajena, y no la suya fue sin comparación más heroico, y precioso a los ojos de Dios. Ya parece que le Señor iba con esto

manifestando lo que quería se fuese reformando en las comunidades, pues cada acción referida es cierta reprehensión con que se hace ver lo mal que se hace en ciertas superfluidades que se han introducido en la toma de hábito, y en las distinciones de legas y coristas, esto es el desprecio con que a unas se mira, y las distinciones que las otras quieren, siendo esto tan ajeno del espíritu verdadero de religiosas que al contrario nos enseña Jesucristo: el que es menor entre vosotros, este es el mayor en el Reino de los Cielos.

El día pues de la Presentación de Nuestra Señora veinte y uno de noviembre de 18\_\_ salió Nuestra Madre María Teresa en compañía de su buena Madre que con un ánimo varonil cogió a su hija, y sin más compañeras que la Sagrada Comuni3n, ajena de los aderezos mujeriles que en semejantes casos la vanidad ha adoptado bajo no sé que colorido de bueno, que ella de ningún quiso usar, todo pron3stico de lo que Dios por su medio había de reformar, paso a la Iglesia de Reverendas Madres Carmelitas a tomar el Santo Habito de la Virgen. La despedida de su Madre, el desprendimiento de una madre, la más amada que yo he conocido, pues entre innumerables hijas que he conocido no he visto ninguna para con su madre, ni más tierna, ni más amorosa que esta, y así recíprocamente puedo decir fue su madre para con ella, y con razón pues ninguna hija había con tanto conjunto de cosas naturales y de gracia como esta dichosa hija; el desprendimiento digo fue el más inocente, pero el más doloroso y sensible que se puede imaginar. En este caso permitió Dios que toda la flaqueza de la naturaleza humana hiciese su oficio, sin duda para mayor mérito, pues le pareció que el corazón no hacía más que ofrecerse en sacrificio a su amado Jesús, se acordó de aquella tiernísima despedida que el hijo de Dios haría de su querida Madre para entrar en el mar de su dolorosa Pasión, que le causó tanto pesar, y pena y amargura que no dudo sería una de las cosas que más le llegaron al alma hasta llegar a decir triste está mi alma hasta la muerte; así sucedió con esta su querida esposa, pero atenta siempre a solo cumplir con la voluntad Dios levanta como otra Santa Paula los ojos al Cielo, y pudiendo más en ella el amor de Jesucristo que el de la carne intrépida subió al Monte Carmelo para que obrase en ella el Altísimo, aquellos admirables misterios que tanto han espantado al mundo, irritado a sus émulos, a los libertinos, irreligiosos y toda especie de hombres

malos, pero que llenaron a las cuatro partes del mundo de la gloria debida al Santísimo nombre de Dios, que ha hecho obras tan portentosas para hacer ver a todos los incrédulos que es ahora el mismo Dios que ha sido y será por una eternidad; y que no es capaz toda la malicia humana, ni sus infinitas culpas, de los malos y perversos, de amarrar sus piadosas manos para que no obre en beneficio de su Iglesia y de los mismos malos que le injurian a las obras de su misericordia a fin de que vean ellos que solo desea su conversión y salvación eterna.

## **LIBRO SEGUNDO**

### **CAPITULO 1º**

#### **De lo que acaeció en la Toma de Hábito.**

No pondero nada, ni diré cosa que en la sustancia no sea la misma verdad, si comparo a esta preciosa esposa Jesús a los Santos Patriarcas y Profetas. No engaño a ninguno, pues se que hiciera un gran pecado tanto con la mentira y más en estas cosas, como en hacer comparaciones tan elevadas si realmente no fueran así, y si el mismo Dios no lo hubiera así demostrado de esta dichosa alma. Los Reverendo Padres Fr. José Villageliu que más que ninguno profundizó y conoció a este elevado espíritu y el Reverendo Padre Exprovincial Fr. Manuel Alcántara Jubilados los dos y ambos de una instrucción más que regular, y el primero en materia de espíritu sin segundo en la actualidad, pueden decir si es verdad lo que digo; pues saben lo que yo, y porque su capacidad no es tan limitada como la mía lo saben mejor y con más extensión y circunstancias. Digo pues que colocada esta heroína en la Religión la hizo el Señor semejante a Abel, a Noé el justo, al fiel Abram, al obediente Isaac, al fervoroso y humilde Jacob, al Santo José, a Moisés, al Santo Job, e imitadora de su amado Jesús, en su vida, en sus prodigios en sus persecuciones, en sus tribulaciones. Quisiera yo tener la debida elocuencia, la ciencia necesaria, la facilidad en el decir, para manifestar lo que fue esta dichosa esposa de Jesús en la Religión, y hacer ver cómo, sin ponderar nada, quiso Dios como dije, hacer en ella una viva imagen de los Santos dichos. Empezó ella sus primeros pasos en la religión imitando al inocente Abel. Imitóle en sacrificarle lo más precioso de todas sus cosas que fue toda su alma, y todo su corazón, afirmo que se entregó tanto a su amor que todo su deseo, su pensamiento, su voluntad

era sacrificarse a Jesús, su entendimiento en todas las horas de día y de noche que las pasaba en vela la mayor parte solo era pensar en su Dios, en su bondad y misericordia, en sus rectos y tremendos juicios, lo primero la hacía tal moción en su voluntad que me consta que era un continuo ejercicio de amar actualmente a Dios en cuanto cabe a un viador. Su memoria la traía tan ocupada en Dios casi era sin interrupción su memoria. Cuanto obra en todas las virtudes, penitencias, silicios, retiro, soledad, mortificación, humillación, y cuanto va conjuntamente referido, tanto obró con más perfección desde el mismo punto que puso los pies en la Religión. Desde los primeros pasos sirvió a Jesucristo, le siguió, le obedeció, y se ligó tanto a los pasos de su amado esposo Jesús que toas las monjas veían en ella una imagen del Salvador en cuanto se podía ver a su Santa Madre retratada a lo vivo. Tomó su Regla y Constituciones como leyes invisibles, y por reglas invariables de sus obras, así es que no solo las observó, como veremos, con perfección, sino que su espíritu las sobrepuso dando pasos más agigantados en la virtud. Desde el Noviciado desempeñó todas las obligaciones de religiosa carmelita descalza, fue fiel en toda la rigurosa observancia de lo que había de profesar, y si en el siglo tuvo una vida tan ejemplar, ya desde el Noviciado llegó a tanta pureza, inocencia y santidad que comúnmente la llamaban Santa; y con razón pues, veían en ella una conducta exenta de reprehensión la más mínima, y se veía en ella con admiración que desde Novicia era cuanto podía ser una verdadera hija de mi Madre Santa Teresa. En cualquier tiempo, lugar y acción edifica su compostura, modestia, mortificación y humildad, y no se miraba ya en ella desde entonces sino un vivo retrato de la perfección religiosa. Aunque es verdad que ninguno por justo que sea puede decir que no tiene pecado, pero había esta preciosa alma llegado a tanta pureza que parecía que Adán no había pecado en ella, no conocía lo malo, ignoraba la malicia, la mentira, el engaño, la soberbia y todo lo que es efecto del pecado original, y en fin sin algún defecto se vio en ella es aquel que San Jerónimo refiere de Santa Paula, que siendo tan piadosa y caritativa con sus hermanas, solo para si no lo era, pero para no proceder con confusión diré por partes lo que en confuso acabo de decir.

## **CAPITULO 2º**

### **De su profesión, y su nueva y admirable vida.**

En el año de 18\_\_, día de San Juan de la Cruz, memorable por la profesión de esta dichosa alma, fue cuando se consagró al Divino Esposo por la solemne profesión de religión, Nuestra Madre María Teresa en el Convento de Religiosas Descalzas Carmelitas de Guatemala Nueva, dedicado al Patrocinio de Señor San Joseph y de la Santísima Madre Teresa de Jesús, pues los dos son los titulares de Iglesia y Convento. Es preciso decir antes lo que procuró el demonio hacer para impedir la perfección de esta alma en el Noviciado y cuanto trabajo para que su precioso holocausto de sí misma no se efectuase. Lo primero se valió de una religiosa que es la que ha sido su martillo, labrado su corona, probado de todos modos su paciencia, infamado, deshonrado hasta lo sumo, y no solo sino que indujo a otras a lo mismo. Se declaró en manifiesta rebelión contra su Prelado burlando sus disposiciones, despreciando sus mandatos y procurando llevar tras si a la Comunidad. Esta monja poseída del Demonio a quien tenía en sí, y moraba con ella, instigada de él sin duda porque la veía en tanto aumento de virtudes, y tan dotada del Cielo, sospechando él y temiendo que esta preciosa de Jesús la había de dar la más cruel guerra, quitar de sus garras innumerables almas que con sus poderosos ejemplos, escritos y oraciones habían de servir a solo Dios; y más que todo porque preveía que esta alma humildísima había de ocupar en la gloria la silla elevada que él perdió por su soberbia, se valió digo de esta monja para ver como podía apartar a Nuestra María Teresa del camino de la perfección. Primero empezó del mismo modo que él tentó a Jesucristo en el desierto con suavidad, después con falso celo, después con la más declarada guerra de envidia, odio, mala voluntad, falsos testimonios, siendo de advertir que ha seguido esta esposa de Jesús las sendas mismas de su amado esposo, y seguirá hasta la muerte en su vida, contradicción, persecución, humillación, obediencia, pobreza, caridad, paciencia, desamparos, infamias, hasta ser tenida por la mujer más mala del mundo la que no ha perdido la gracia bautismal como en caso necesario lo jurase pues he sido su Confesor como diez años. Hizo confesión general conmigo de toda su vida, y examiné con cuidado toda su vida, y esto me admiraba en extremo, como se lo dije al Reverendo Padre Villageliu cuando en todo el mundo se



publicaban los estupendos prodigios que obraba Dios en ella y por ella. Mas aseguro bajo del mismo juramento si es necesario que después de prolijos exámenes de toda su vida nunca sintió el más leve estímulo de soberbia, y esto lo digo para que Dios sea glorificado, ni el más leve movimiento de el, cosa para mi del mayor milagro como lo dice la Iglesia de mi Angélico Doctor Santo Tomás, y ni ha sentido el más leve movimiento, o estímulo de la carne jamás, privilegios tan singulares que a mi mismo me llamaron más la atención que todo lo demás que se sabe de ella tanto que al oír yo a todos admirados alabar a Dios por sus maravillas que en ella obraba, decía: Omni gloria ejes filia regis ab intus, que lo más admirable, lo más grande era lo que el Esposo Divino tenía escondido en ella , que era no haber temido, ni sentido el estímulo de la soberbia entre tantos favores, gracias y privilegios de Dios entre tantos aplausos, alabanzas, admiración de los hombres que de su vista la veían y admiraban, y no digo no haber consentido un leve pensamiento de soberbia, pero ni haber tenido la más leve tentación de ella, digo ¿no es un milagro, un portento de la divina omnipotencia? Entre las maravillas que Dios ha obrado en ella ¿no se debe contar este entre las primeras? Ya se ve que solo Dios, solo Dios por su misericordia ha querido manifestar al siglo presente todo él lleno de soberbia y de impureza, esta hija de Adán tan hermosa, y tan pura de todo pecado mortal, y tan exenta de estos dos vicios dominantes del siglo corrompido en que vivimos, que el mismo Esposo Divino mirándola tan hermosa, tan bella, única est columba vea: única es mi paloma le decía, porque quizas es la única alma que en nuestros presentes días se ve sin estos vicios sino consentidos, a lo menos vencidos de soberbia y de impureza. Y los mismos Ángeles más de una vez al ver un alma tan pura, tan limpia, admirados se preguntaban ¿quién es esta que sube del desierto corrompido del mundo no solo manchado sino llena de delicias donde no hay más que males? ¿quien es esta, le dicen, que sube descansando sobre su amado? Ya se ve digo yo, que solo su amado Jesús la pudo haber conservado con tanta inocencia, pureza, humildad, verda, sinceridad y rectitud para que nunca aún el mayor huracán la moviese ni a un lado, ni a otro.

Pues esta alma fue tenida por las más mala mujer que habido en el mundo, y acechada y perseguida de fuera y de dentro de la religión. Veamos como. Dije que la

llevó el Altísimo por las sendas de los antiguos justos y mas esclarecidos santos que hubo en la antigua ley, y que su amado esposo Jesús la quiso imitadora de sus santísima y penosísima vida; Caín persiguió a su inocente hermano Abel, vio que los sacrificios de éste eran preciosos a los ojos de Dios, y que aunque él ofrecía los suyos, el Señor no los aceptaba, porque ofrecía no lo mejor, o lo que más amaba, y al contrario era Abel. Aquella hermana M. T. G. Empezó a perseguir del mismo modo a esta su tierna hermanita, porque veía que el Señor se complacía sumamente en ella llenándola de gracias y de misericordias, porque toda ella se ofrecía en holocausto a su amado esposo. Las monjas bendecían a Dios en Nuestra Madre María Teresa, admiraban sus virtudes y a una voz la llamaban santa. Su emula oía todo esto, y su corazón se roía aunque parecía que aprobaba todo cuanto las demás decían. Una ocasión manifestando amor, piedad, y compasión, y yo digo que fue tentación que le puso, le dijo: Ay hermana María Teresa, su caridad ha de ser otra santa como Santa María Magdalena de Pazis y que así como ella fue tan perseguida de las monjas que todas se voltearon en contra de ella a excepción de dos, así le ha de suceder a su caridad, y lo que más siento es que temo yo he de ser la peor con su caridad. Repetidas veces dijo esto y delante de otras monjas, y en todas sus partes se ha verificado y con tanto extremo que no se puede decir. Esta monja pues empezó a observar los pasos de Nuestra Madre María Teresa, como Caín a su hermano Abel. Como los lugares comunes eran unos, siempre que María Teresa iba allí, la otra intrigada del diablo hablaba, pero dirán ¿qué malo era esto? Pues lo malo está en que la Constitución manda no hablen las novicias con las profesas, y para que hablase Nuestra Madre María Teresa, novicia con ella y la acusase en capítulo, ella iba a buscarla. En todos los capítulos la acusaba siendo inocente, pues la monja solo la atisbaba cuando iba hacer sus necesidades comunes y empezaba con parlas, ella callaba pero la instigada del demonio más hablaba para que las monjas oiesen y la acusasen en capítulo de que Nuestra María Teresa no era buena pues de continuo faltaba a la Constitución. Malicia desmedida, pero malicia que ha llevado adelante hasta la fecha en todo como se diga, y parecerá increíble: iba Nuestra Madre María Teresa a orar pues todo era acecharla y con capa de caridad la cogía de la oreja cuando no la vieran y la sacaba del Coro; de

día y de noche velaba sobre sus acciones, sobre sus penitencias la acusaba, la reprehendía y como las Preladas creían que era caridad, reprendían y castigaban a Nuestra Madre María Teresa, por de noche recogidas las monjas se iba a la celda de Nuestra Madre María Teresa hacerla quebrantar el silencio, no dormía se desatinaba por ver que hacía, o donde iba, que ejercicios eran los suyos, vease si ha sido trabajo este; pero Nuestra Madre María Teresa a todo calla nunca se quejó hasta que la obediencia la obligó a ello; por más oposición, contradicción y persecución que tenía, jamás faltó en adelantarse en el camino de la perfección, y tanto que ya desde el noviciado el Señor la obsequiaba con sus soberanos dones. En el Noviciado era donde muy de mañana abriendo la ventanita de su celda que miraba al patio y ahora celda y patio están en el Coro nuevo, empezaba a alabar a su amado esposo Jesús, convidaba a todas las creaturas para ello, y cosa rara, los pajaritos venían se ponían sobre de ella, o la rodeaban y con sus gorgogeos y cánticos la ayudaban a alabar a su Dios. Uno entre ellos era el que con más porfía cantaba, y paseándose delante de ella le decía con su canto en bastante claridad estas palabras adelante, adelante, como exitándola a que corriera por el camino de los mandamientos de Dios para que su corazón se dilatara con gran anchura en el amor divino. No solo en el Noviciado, sino en varias ocasiones se vio este prodigio de la aves que venían a ayudarla a alabar a su Divino Hacedor, sino que otras muchas veces sucedió, como en la cárcel la tortola, y la paloma que bajó del Cielo plateado a donde ha de ser la reja del Coro, y de lo que de uno y otro se dará razón, profetizando que allí habrá muchos milagros con el tiempo.

Es preciso notar aquí lo que once días después poco más o menos le manifestó el Señor y realmente así ha sucedido, y es que el primer punto en que entró en la religión se le manifestó como un delicioso jardín, tal fue para ella la penitencia más austera, los ayunos más rigurosos, las disciplinas más crueles, los silicios etc como lo atestigua toda la Comunidad y lo publica todo el Convento, pues celdas, Coros, ermitas, corredores, lugares más escondidos estaban no salpicados de su inocente sangre, sino bañados, tanta que las prelada que era la mandó hacer sus penitencias en un solo lugar para que no manchase los otros, y ella con esta licencia hizo tanta carnicería de su purísimo cuerpo, que habiendo puesto abajo para no manchar el suelo, patates gruesos,

o esteras, las cubrió de sangre, y tuvo la Madre María Manuela mandar, o ella los entierro, y cuando comenzaron la novedades tres años después fueron a desenterrarlos, y los hallaron sin podrir, y la sangre sin despintarse, como es público, y como que yo distribuí en pequeños pedacitos las cañitas a innumerables gente que de la Ciudad y de lejas tierras clamaban por ellas por la gran fe que tenían que Jesucristo por los méritos de su querido esposo obraría en ellos sus portentos, constantemente se tiene por muy cierto que varios de varias enfermedades sanaron bebiendo el agua en donde echaban un pedacito de caña bañado de sangre de la Madre María Teresa.

Después se le manifestó un aposento muy obscuro, en que nada veía, ni palpaba, ni sabía, y un letrado que decía estas palabras: voluntatem Dei, letrado que repetidas veces vio como se dirá, y denotaba que en todo fecit voluntatem Dei, adimplevit in omnibus voluntatem Dei, solum amavit, et semper voluntatem Dei, y denota este aposento que entro esta grande alma en tan terribles desamparos, obscuridades, ansiedades, sin tener a quien volver los ojos, ni a quien preguntar, ni en quien encontrar consuelo. Noche obscurísima, espantosa por todos lados, purgación pasiva de las más terribles que pinta San Juan de la Cruz, pero no se apartó, ni un ápice de la voluntad de Dios. Dios quiso ya asemejarla a su amado hijo en esto, pues ni él en el huerto le consoló, ni que encontrase consuelo en aquellos tres amados discípulos, así sucedió con esta esposa suya, no la consolaba, pero si la confortaba, no le permitió que buscara consuelo pero ni aún lo hallase sino muy pura apenas cuando alguna vez el Padre Lanuza solía hablarle; pero adimplevit voluntatem Dei, cumplir perfectamente la voluntad de Dios, sin que se le observase el más leve deseo de alivio. Parecía a mi y a todos los que hemos visto y palpado las cosas de esta alma, que el padecer actual de esta alma, y no podía ser ni mayor, ni más terrible que las cosas extraordinarias que Dios obraba ahora en ella, eran ya como lo último, como que ya no cabía más en una pura criatura. Confieso de mi esta ignorancia, pero Dios que por esta preciosa alma ha querido confundir la sabiduría de este mundo, y la prudencia de los prudentes que queremos medir y arreglar las cosas de Dios conforme a nuestras escasas luces, así en el padecer, como en las cosas extraordinarias de esta alma han ido de más en mayor.

Pasados muchos años de este padecer íntimo, acompañados de las penitencias tan asombrosas, comparables con las de San Enrique Lusos, entró en otro cuarto o aposento sumamente obscuro, y con el mismo letrado que dije: *Voluntatem Dei*. Por este tiempo ya Dios me había puesto de su Confesor, y debo hacer aquí una confesión pública de mí, a fin de que solo Dios ha sido el único Director de esta alma, y que aunque yo era su Confesor, poco o nada atinaba, si Dios en camino tan extraño no hubiera sido su verdadero Maestro. Toda Guatemala sabe que no soy de aventajados talentos, que mis letras no son sobresalientes como exigen la dirección de semejantes almas. Ella procuró siempre ocultar a mis ojos todo cuanto obraba Dios en ella, porque estaba tan persuadida que a todos les acontecía lo mismo, que costó dificultad después hacerla creer que esa singularmente favorecida de Dios, y por consiguiente debía corresponder a su soberano esposo cada día más y más. Ella hablaba muy poco, y no le escuchaba más que acusaciones que realmente eran efectos de la más profunda humildad. Solo repare su acendrado deseo de padecer por Jesucristo, su encendido amor a la Cruz de Jesucristo, su anhelo por sepultarse con Jesucristo, por solo vivir para Jesucristo, por no saber más que a Jesucristo crucificado. Los papeles que ella a mí me escribía continuamente, y que paran en poder del Ilustrísimo Señor Arzobispo son la prueba de cuanto digo: todo esto dijo para que se vea que no yo, sino Dios fue su Director, su Maestro, y por consiguiente que a él solo se le debe la Gloria, la bendición y el honor, y por lo mismo he pensado que Dios me escogió a mí para su Confesor de quien todo el mundo sabía como después lo dijeron que no estaba yo dotado de ninguna excelencia o requisito para dirigir una tan peregrina alma, gloria pues sea dada a solo Dios y a la gloriosa siempre Virgen María.

Puedo afirmar con toda verdad, y lo digo delante de mi Dios, que no miento que cuanto acabo de decir de la Madre María Teresa de que no ha tenido otro querer, ni otra vida, ni otro deseo que la cruz de Cristo, es mucha verdad no sabe ningún mortal lo que ella ha padecido, lo que padece y padecerá ínterin viva; cuando parece que su padecer ya llegó al colmo, nuevos trabajos, nuevas amarguras, desamparos, penas, dolores, persecuciones, infamias, mofas y burlas. Veo en ella vivamente retratada un Job, y

hasta el mismo Dios como aquel Justo parece que se recrea en hacerla padecer, y puede decir con verdad, ¡oh Señor! Tú maravillosamente me atormentas.

Hoy en que escribo esto, día 4 de julio de 1819 consagrado a Nuestra Señora del Refugio a las tres de la tarde que fue domingo, fue arrebatada en un maravilloso raptó a presencia de toda la Comunidad, que lo presenció, y estuvieron presentes a el las que quisieron, y están prontas a declararlo con juramento. A las tres en un admirable reaptó escribió largamente sobre aquel verso de los Cánticos sub arbore malo: escribía, veía lo que acaba, volteada los ojos echaba arenilla, las religiosas unas sobre otras veían, leían lo que iba escribiendo, hablaban, decían unas con otras pero ella absorta sin ver ni oír a ninguna, escribió, cerró el papel, puso en el sobre “para su Ilustrísima”, volvió del raptó a las cinco de la tarde, vino al confesionario a decirme que había escrito ya no sabía qué y que estaba cerrado el papel, que qué hacía. Las religiosas me avisaron lo que leyeron, y una de las cosas más principales que dijo es que ella esta bajo el árbol de la cruz, que su vida es padecer, que Dios está con ella, que no es Diablo, y que jura en la misma verdad que es Dios, que aquello lo escribió en raptó. Todo esto prueba lo que yo he visto con mis ojos, y palpado con mis manos que ella esta crucificada con Cristo en las Cruz para Dios, y es lo mismo que su Confesor conoció desde los principios que la trató, y desde entonces la intituló sin duda movida de Dios, que ella era la esposa de la Cruz, título y que entre mil que se la pueden apropiar con toda verdad, este es el que más sobresale, en lo que más ha resplandecido y el Señor con tantos prodigios que de su Pasión ha obrado en ella como es el clavo, corona, llagas, costado, cruces en el corazón y sobre el corazón en la llagas de las manos, en las impresiones tan diversas, en las cartas de los Ángeles y Santos, todas llenas de cruces comprueban claramente que la esclarecida Madre María Teresa de la Santísima Trinidad Aycinena es la esposa esclarecida de la Cruz de Jesucristo, bebiendo hasta lo sumo el amarguísimo cáliz de su Pasión, y muriendo místicamente de continuo. En este mismo día y a la misma hora se difundió un olor suavísimo por todos los claustros del Convento, y de tres religiosas que me llegaron a avisar lo acaecido no les cabía la admiración, el gozo, y no hallaban expresiones con que expresar cuanto habían visto.

Ahora se esta verificando la visión de aquella prodigiosa cruz en que ella misma se miró crucificada con modos tan raros, y que no entendimos por entonces su significado hasta que con lo sucedido se ve claramente descubierto, y pertenece al tercer aposento oscuro arriba insinuado; aunque para su mayor inteligencia diré una visión que al principio que llegó a mi confesionario tuvo, y lo que significa el segundo aposento arriba dicho, por coincidir en lo que voy diciendo, explicar el tercero, y hacer ver claramente verificado lo que dijo del tercer aposento. Entonces la manifestó el Señor a su alma como una ovejita, que tal ha sido siempre esta peregrina esposa iba por delante su Director que lo era Jesús, amado Esposo, que no yo, pues confieso mi grande ignorancia en estas materias y más para dirigir un alma tan elevada. Iba pues el Director subiendo un penoso monte llevando tras si la ovejita asida de su cordón precioso de oro, símbolo de la caridad que a ella siempre con heroísmo la ha impedido a correr al monte santo de la perfección. La ovejita procuraba correr para no dar trabajo al Pastor que la guiaba, esta oveja era su alma, y confieso que corría tanto que yo mismo me asombraba, y llenaba de admiración a todas las monjas, que la miraban correr velozmente por las sendas de todas las virtudes. Decía ella que procuraba andar de prisa para no darme trabajo, y delante de mi Dios confieso que fue al revés, a ella me puso Dios para que con sus asombrosos ejemplos me animase yo a subir al monte Santo de la Perfección, con su encendida caridad me animaba, pero confieso mi infidelidad a Dios de lo que le pido perdón, así como le alabo en esta criatura que tan maravilloso se ha dejado ver en ella.

Tenemos ya que subió al monte en donde como diré se vio crucificada, pero veamos por donde. En el segundo aposento obscura vio espadas de fuego desenvainadas contra de ella, y cuchillos de acero que por todas partes la traspasaban. Dios da a entender que las espadas de fuego fueron las lenguas de los sabios del mundo, unos por envidia, otros por soberbia, otros por venganza, y otros por ignorar la sabiduría del Cielo que da Dios solo a los humildes y esconde a los prudentes y sabios del siglo, estos con las espadas de su lengua y de su pluma salieron a atajarla en el camino que andaba. Así fue que la zahirieron en su honor, la tuvieron por bruja, por endemoniada, por ilusa por un alma la más impía. Doctor hubo que solicitó se hiciesen

contra de ella libelos infamatorios, en verso se pusieron pasquines infames, de dijo contra de ella lo más malo que se puede pensar, al paso que Dios cada día con nuevos y estupendos prodigios acreditaba su virtud, y su especial predicción para con ella, así mismo se aumentaban sus calumnias, sus dicterios, sus infames. Conocían todos y todos lo confesaban, que desde el siglo había sido una santa, sabían que en la religión habían ido en aumento en ella todas las virtudes, que su vida era irreprehensible, su observancia admirable, sus penitencias espantosas, su mortificación continuada, no ignoraban así en los claustros como afuera que trataba su cuerpo como a un vil esclavo, que había renovado en sí lo más austero y penitente de los santos de la Tebaida y Egipto. Sabían también que públicamente se habían visto sus admirables crucifixiones a las que concurrieron innumerables sacerdotes, y todas las religiosas, que sus llagas eran perennes hasta la presente que va para tres años, que de continuo vierten sangre a presencia de las religiosas, que repetidas veces con estupendo prodigio se miraban en las llagas de las manos ya con un corazón formado con su cruz, lanzas, o atravesado con una daga, veían esto las demás, sabían todo esto y con todo sus lenguas de los doctos del mundo, de la que por envidia pública, por odio al Ilustrísimo Prelado de algunas personas como es notorio, y por odio al a casa de Aycinena, y también por envidia al pobre confesor que soy yo, cuando en esto no tengo otra parte que un espectador, y administrador de las cosas de Dios por ser yo inepto para cosas tan sublimes; sus lenguas digo fueron saetas agudas, espadas de fuego que tiraron a perderla, y a perder a cuantos Dios hizo el favor de poner a su Dirección esta heroína.

Los cuchillos de acero fueron algunas religiosas, unas por soberbia, y otras por envidia intentaron desacreditarla, arruinarla, perderla, a su tiempo se dirán más por menor estos terribles trabajos que Dios permitió de sus propias hermanas, para que se viese en ella retratada el antiguo José, pues los motivos mismos que motivaron el odio de sus hermanos contra aquel Santo Patriarca, motivaron las más terribles persecuciones, las más indecibles calumnias de las religiosas contra la Madre María Teresa de la Santísima Trinidad Aycinena. Ya se ve que como lo ordenó la divina providencia en aquel Santo, para bien de los mismos que le aborrecieron y persiguieron, así lo ha ordenado con esta venturosa y dichosa alma, como lo acreditará el tiempo.



Solo si diré ahora que desde su entrada la extraordinaria virtud dio motivo a su más cruel perseguidora para atormentarla, después los estupendos prodigios le enconaron su ánimo de soberbia y envidia, infundiendo este mortífero veneno más o menos en otras religiosas, aunque no consiguió todo su efecto sino en otra tan envidiosa y soberbia que esta hizo, dijo, y escribió tan terribles cosas, y falsedades contra Nuestra Madre María Teresa que no lo querrán creer los venideros. Dio ocasión a saciar su venganza y obscurecer las maravillosas obras de Dios en ella, la reforma del Convento que intentó Su Señoría Ilustrísima quitando los confesores, y poniendo en orden el interior de la Comunidad de lo que se la hacía autora a esta esposa de Cristo, y a lo menos con sus asombrosos ejemplos de observancia pobreza, retiro, penitencia, oración, humildad, austeridad y penitencia era cierto que ella era la autora, y como con todo esto reprehendía sus tibiezas, corregía sus abusos, enseñaba el verdadero espíritu que debe animar a las religiosas carmelitas de aquí tomaron motivo para ser cuchillos que la despedazasen. Las cosas más públicas, las averiguaciones más exquisitas echas por mandato del Ilustrísimo Prelado a presencia de todas las religiosas, y con especial encargo de que las presenciase más una de las que más calumnias y falsos testimonios ha dicho antes y después, ella envidiosa, llena de un espíritu diabólico lo tergiverso, lo infamó, lo maleó. Más adelante contaré la averiguación de las coronas impresas por el espacio de un mes, la verdad hasta la evidencia de ellas, y lo que el diablo le sugirió; estas religiosas, y los del mundo arriba dichos, malearon todas estas cosas, juzgaron temerariamente de espíritu, y no obstante que ellos y ellas no pueden negar sus heroicas virtudes porque las ven practicadas públicamente a las claras y sin rebozo alguno, atribuyen a diversas causas pero todas malas los prodigios obrados por ella, o Dios por ella. Si la vida irreprehensible en un alma, su inocencia, su constante ejercicio de virtudes, su incremento en ellas es una de las mayores pruebas de verdadera santidad, y si los raptos en esta materia afirman que regularmente Dios obra sus prodigios y maravillas en semejantes almas para acreditar su santidad, qué razón habrá para atribuir las cosas maravillosas de la Madre María Teresa a otra causa que no sea Dios, cuando consta de la santidad de su vida para el largo y heroico ejercicio de todas las virtudes. Al demonio atribuían los fariseos los milagros de Cristo, y todos

afirman que pecaron con un pecado de blasfemia por atribuir las obras que eran de Dios al demonio ¿y que no cometen semejante pecado los que atropellando con todo atribuyen los prodigios que vemos en esta alma todos santos, todos devotos, todos que son como antidotos que ha enviado a la Iglesia el Señor contra la irreligión, libertinaje y desenfreno de nuestros días?

Pero ha es preciso que ella siga las pisadas de su celestial esposo que más y con más inocencia sin comparación fue reputado entre los impíos siendo la misma santidad, y no fue conocida ni su doctrina, ni sus milagros del mundo, pues ni lo conoció, ni lo recibió, sino solo aquellos que estaban predestinados a la vida eterna. No digo yo, ni diré jamás ínterin la Santa Madre Iglesia Católica no lo declare, porque ella solo es la columna de la verdad, que se deban creer así las cosas de esta alma, pero si digo que la piedad y la caridad nos obliga a mirar estas prodigios con buenos ojos, mucho más no habiendo su Ilustrísimo Director hallado ni falsedad, ni engaño, ni mentira, ni ninguno de los Padre Confesores halló cosa contraria a la verdad, no obstante que algunos no llevaron la más pura intención, y que no faltó confesor que informado de la religiosa que más la había calumniado, y oídole, y aún creídole, las mayores atrocidades que contra ella le dijo, sin querer oír a otras religiosas que advirtieron la maldad de aquella falsa hermana, jamás halló no un leve engaño, ni una leve mentira, aunque el la precisó a que mintiera, lo que no pudo conseguir. Este era el segundo aposento con aquel letrero *Voluntatem Dei*, pues hizo la voluntad de Dios en todo, sin que las injurias, ni las calumnias, ni las falsas hermanas, ni confesores preocupados, y decididos contra de ella pudieran hacer vacilar ni aún en la más leve cosa. Más adelante se dirá con más extensión y circunstancia todo esto para que vea el mundo como subió al monte para ser crucificada esta heroína de la gracia.

El tercer aposento se la dejó ver muy obscuro, lleno de clavos, garfios, punzas, espinas, todo regado de instrumentos para atormentarla. ¡Ay! Si se me diera el poder explicar hasta donde llegó este padecer, en los dos aposentos fueron significados el monte. Él estaba lleno de escabrosidades, guijarros, puñales, espadas y todo cubierto de innumerables letreros que eran otros tantos textos de la Santa Madre y significaban cuanto esta Mártir de la caridad padecía, y si el monte por donde anduvo para subir a la

cruz fue tan áspero, ¿cual sería la cruz significada en el tercer aposento? Diré pues, lo que ella misma en un profundo raptó vio de sí, y se ha verificado al pie de la letra: sobre el monte se vio ella crucificada de pies y manos, pues la obediencia la ha puesto que un paso no puede andar, ni obrar cosa alguna sin la obediencia y esto lo ha verificado con tanta perfección que adimplevit voluntatem Dei. Tenía al lado de la cadera un letrado que decía In capite libri scriptum est de me in facerent voluntatem tuam Deus meus volui, y quiere decir que en cuanto la obediencia la ordenó de duro, áspero, repugnante a la misma naturaleza hizo completamente la voluntad de Dios y la quiso. Sus ojos los tenía vendados y de ellos salían varios letrados, entre ellos oculi mei semper ad dominum, y tantos tuvo siempre en Dios que jamás los apartó de él con culpa mortal, y tan apartados de todo lo criado, y aún de lo \_\_\_\_\_ que fue con extremo. Sus ojos purísimos tan castos que ni ha sabido, ni sentido la más leve rebelión ni pelea de la carne. En su mano derecha tenía una antorcha encendida, y en la izquierda una cadena, lo primero significa el esplendor de sus obras que han sido tan resplandecientes y hermosas que a una voz engrandecen todos a Dios y alaban su Santo Nombre porque crió alma tan llena de sus dones, y la cadena significa lo perfectísima y continuada abnegación que de sí misma tiene llegando que no se erija más de otra pura criatura. Las veces que estuvo en la cárcel, aquel silencio primero de quince días, después de sesenta y cuatro, aquel ayuno tan espantoso, aquel grillete, aquella cadena, aquel cepo, aquella horrenda soledad, aquella cárcel mejor diré sepultura, aquel desabrigo en lo más riguroso de los hielos, aquel silencio. No es esto lo más, no poder llegar al confesionario sino cada quince días, y vaya lo último que es no poder comulgar sino una vez al mes para una alma que su vida, su alma, su consuelo, su descanso era la Sagrada Comunión, y a todo esto no quejarse, no hablar palabra, no haber faltado ni aún por descuido en la cosa más leve siendo testigos todas las religiosas, y principalmente sus dos emulas, de la que una estaba sumamente gozosa, todo esto no es una de las mayores pruebas de su perfectísima abnegación, de su profundísima humildad, a su ciega obediencia, de su admirable paciencia de su heroica caridad? ¿Todo esto no prueba con perfección que fue igual en la fe a Abram, que lo fue en la humildad a Isaac, en la obediencia a Jacob, en la paciencia a Job, y en el sufrimiento a José y en la

mansedumbre a Moisés, y a David? Aquella terrible prueba en que por largo tiempo y no veo en el día obediencia al médico, y a su confesor, y Prelada se dejaba meter un caño hasta lo más interior del gástrico para así recibir algún alimento padeciendo en este cruel martirio las angustias todas que sufre un ahorcado cuando le aprietan el lazo, no prueba todo esto la virtud más heroica, y la fortaleza muy grande que leemos en los Santos Mártires. Tenía en la boca un candado cerrado con llave y de ella salían varios letreros todos concernientes a la mortificación de este sentido por principalmente el candado significaba la perfecta obediencia que observó al silencio que su Ilustrísimo director le impuso. Referiré alguna de las cosas para prueba de esto. Una monja la alaba de que era hermosa porque la hermosura le sobresalía en los dientes, bastó esto para coger un clavo, y empezarse a arrancar los dientes y no pudiendo conseguirlo cogió una piedra con la que se los empezó a echar abajo. ¿Se ha oído en las historias igual mortificación, desprecio abatimiento y fortaleza? Más, se le acumula una culpa que no había cometido por largos meses de contrición y la Prelada le reprehendía, jamás ella se disculpó porque desde su pequeñez hizo aquel arduo voto de no quejarse ni disculparse jamás, lo que ha verificado hasta la fecha sin haber faltado con advertencia jamás en dicho. Un día que estaba con la plancha en la mano ardiendo llegó la Prelada a reprehenderla por el defecto dicho, ella inadvertidamente dijo: Madre yo no he sido, apenas acabó de decir la última palabra cuando advirtió que se había excusado ella movida del Espíritu Santo para corregir este defecto involuntario, la plancha ardiendo que tenía en la mano se la aplicó a la lengua quedando esta abrazada en tanto extremo que por siete días no pudo pasar ni una gota de agua. ¿No es esto un heroísmo de una paciencia extraordinaria y de un sufrimiento raro que apenas se hallará ejemplo en todos los anales de la Iglesia sino es en los Santos Mártires? Sobre la obediencia que le impuso su Ilustrísimo Prelado jamás faltó ni en una jota, pero adonde más se dejó ver fue cuando le impuso no hablar cosas de espíritu, ni tocante a sí, ni aún para consuelo suyo con ninguno, ni aún con Su Señoría Ilustrísima solo le fue permitido que cuando se le ofreciese preguntar alguna cosa pudiese hacerlo conmigo, pero de ay nada, ni con nadie. Esto significa aquel candado en la boca con un letrero entre varios que decía pone domine custodiam ori mea et ostium circumstantis labiis meis;

verdaderamente la obediencia la hizo callar; pero no solo sino que no abrió su boca a tantísimas injurias, antes al contrario de continuo pedía a Dios por los que la calumniaban, y la mataban. Acaba de recibir una injuria, una afrenta, un falso testimonio de alguno, o algunas, y enseguida les servía con tanto amor en sus enfermedades como la más tierna Madre con sus hijas, testigo es todo el Convento de infinitos casos sucedidos, y tanto que alguna Madre y yo le decíamos que procurase no servir mucho a una que más la había infamado, porque de lo mismo no tomase motivo para nuevas tormentas y con gran paz decía: así me enseñó mi Señor Jesucristo a obrar, yo decía amo tanto a cada una de ellas como si fueran mis hijas. Esto significa aquella candela en la mano derecha ardiendo y resplandeciente, sus admirables ejemplos, de todas las virtudes que siempre dio a todos y en todas las virtudes. Significa también la inocencia de su alma pues jamás perdió como dije la gracia bautismal, y los iluminosos y admirables ejemplos de obediencia que resplandecerán en la sucesión de los tiempos por toda la Iglesia difundida por los cuatro ángulos del mundo con admiración y ejemplo, con provecho y edificación de todos los fieles siervos de Dios, que magnificarán su santísimo nombre porque en esta alma tan peregrina dejó tantas antorchas de heroicas virtudes, de admirables ejemplos, y de prodigios tan singulares para la salud de todas las gentes de la tierra, que a por fin correrán a adorar al Cordero de Dios, le tributarán amantes sus de la cruz, el único que nos conduce con seguridad a la patria celestial.

Bajemos a los pies de esta crucificada clavada en la Santa Cruz, y con un par de grillos en ellos, y muchos textos que de ellos salían. Los grillos significan los pasos de su vida que jamás dio uno que no fuese por la senda de los Santos mandamientos, y no como quiera, sino que corrió velozmente por ellos al Monte Santo de la perfección, esto significa aquel letrado entre muchos que decía: *Viam mandatorum tuorum cucurri cum dilataste cor meum*, si la caridad de Cristo desde sus pequeños años fue tan asombrosa que le arrebatan toda su alma a Dios mucho más que la piedra imán al fierro. El primer paso de su vida, o el primer uso de la razón que tuvo fue amar a Dios y temerle; este amor y este temor la trajeron con tanto cuidado para guardar los Santos Mandamientos, que padecía agonías de muerte con cualquier cosa en que le pareciera había sido transgresora. De día y de noche no tenía ante los ojos de su alma que la ley

de Dios, y estuvo muchos años en unas amarguísimas ansiedades pensando que cada paso que daba era un quebrantamiento al mandato santo. Ya tengo dicho al principio algo de esto, y si quisiera decir todo lo que pasó sería nunca acabar, pues confieso que yo mismo me admiro como esta criatura no murió mil veces con los temores tan horribles que padeció su espíritu por no quebrantar la ley divina. Basta decir que se verificó en ella con toda la perfección posible que *adimplevit voluntatem Dei*, y que fuit *voluntas ejes in lege domini y meditatio in eadie ac nocte*. Nada digo que no sea muy cierto, pero adonde más se conoce esto fue en su obediencia.

No digo que sea la mayor entre los Santos que la precedieron, pero si digo que esta admirable virtud dio el realce a todas las grandes virtudes que admiraran los siglos en ella, fue humilde y obediente hasta la muerte y muerte de cruz, si muerte de cruz, porque su celestial esposo parece que puso todo su celo en ella en crucificar la de todos modos, y la regla de ella para cumplir la voluntad divina fue no hacer en nada su voluntad sino dejarse absolutamente en manos de la obediencia, lo dulce o lo amargo, lo duro, áspero, suave y gustoso jamás tuvieron entrada en su inocente alma. La obediencia era el móvil que la regía, el timón que la gobernaba, el áncora que la afianzaba asegurando ciertísimamente que jamás por su voluntad hizo cosa alguna, y que con el mismo gusto buscaba a Dios, y lo dejaba cuando oía la voz de la obediencia, con la misma serenidad dejaba la Comunión cuando lo ordenaba el Prelado, o Confesor, como la santa desnudez con que por obediencia se llegaba a recibir el sagrado pan de los Ángeles. Por la obediencia sufrió sin quejarse salir de su celda con una cadena arrastrando andando con muletas para la cárcel, siendo su mayor émula quien le puso el grillete, y cuando todas lloraban, ella con semblante sereno iba al suplicio que así se puede llamar según lo que allí padeció como otra Ruth contenta de celebrar sus bodas. Elevada su alma a Dios miraba su santísima voluntad que era sufriese este martirio, este oprobio, esta humillación, para dar en solo este echo las mayores lecciones de virtud, de desprecio de la gloria del mundo, del amor propio, de nuestra propia voluntad que tanto se (ha) penetrado en nosotros mismos; y he aquí que su alma alegre obedece, y humilde sujeta su cuellos a la obediencia. La carne no dejó de tener, sin saber ella nada, sus temores a imitación de Jesucristo cuando dijo triste esta mi alma hasta la

muerte, pero en el acto se miró en ella una fortaleza divina, y un valor admirable para seguir a su esposo al monte Calvario y morir con el crucificada. No se puede decir lo que allí padeció un espíritu celestial, la hizo repetir varias veces el Padrenuestro, y singularmente de continuo de día y de noche no se le apartaban aquellas palabras: **Hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo**, si, la hizo completamente sin abrir su boca para la queja, ni aún siquiera para preguntar ¿por qué le pusieron en la cárcel? Juzga ella que Su Ilustrísima la puso porque así lo merecía, y con el mandato solo de su Prelado está ella satisfecha y basta. Tal es su obediencia ciega, admirable, singular y prodigiosa. Véase esto más: me consta a mi y muchas veces me lo ha dicho que esta tan sujeta a la obediencia que a pesar de que conoce ciertamente que por la misericordia de Dios no tiene ni engaño, ni ilusión, si el Prelado le dijese que todo lo de ella es cosa del diablo, o ilusión, se forzaría a creerlo, por estar cierta que así caminaría bien, y es lo mismo que lo que Dios le ha dicho repetidas veces, que en todo se sujete a la voz de su Director, pues en esto conocerá la verdad de su espíritu. Vaya otro ejemplo de obediencia. Mandole un confesor que no comulgase, y que se fuese a acostar diciendo a la Prelada que estaba enferma. Este confesor fue aquel que habiendo oído a la que más calumnias y falsos testimonios ha dicho contra de ella, todo el alborotado sin querer oír a las demás religiosas que conocieron la maldad que había echo la otra, la mando esto que dije: ella sin replica le dijo: esta bien Padre, haré lo que Vuestra Paternidad me manda, pero no que estoy enferma porque es mentira. Fue dijo a la Prelada lo que el Padre le había dicho, se acostó en la cama, y a las que le preguntaban que tenía respondía que nada que el Padre se lo había mandado se acostase y no comulgase. Luego conocieron todas la infamia de aquella falsa hermana que a pesar de las pruebas que por un mes se hicieron por todo para ver la verdad de las coronas, ella quiso negar lo que vio con sus ojos y palpó con sus manos de esto se hará más por menor, un capítulo aparte.

Esta sujeción perfectísima a la obediencia con una negación absoluta de su propia voluntad fue lo que la condujo a la admirable santidad a que la elevó el Señor, el mismo Dios cuidaba tanto de esta abnegación y obediencia en ella, que se la dejó ver clara y manifiestamente a su alma un ángel distinto de los que la acompañan, el que

tenía un libro en la mano cuya inscripción era esta: quam incomprehensibilia sunt iudicia ejus, es investigabiles vis ejus: juzgando o temiendo ella no fuese alguna ilusión o engaño del diablo dijo en espíritu: et Verbum caro factum est y el Ángel se inclinó con toda reverencia y le dijo: nada quieras, nada luces, nada busques sino es la voluntad de Dios en todo y por todo. Mostrole en el libro unas letras o números como griegos, y el Ángel numeraba o contaba aquellos signos, o números, los que desde luego da a entender, que solo Dios sabe el tiempo y los días en que tendrán su cumplimiento las promesas echas. Dijote que un alma por su sumisión y obediencia, o por su falta, adelantaba, o desmerecía, que yo juzgo quiso dar a entender que las cosas de Dios tienen su complemento cuando el alma se abandona toda toda en manos de Dios para cumplir como sea su agrado su santísima voluntad; pero que si falta, todo se atrasa para que los vaticinios no tengan su debido cumplimiento. Las escrituras están llenas de estos casos que prueban lo que digo, y así véase cuanta debe ser nuestra perfecta obediencia a la voz de Dios, para que Su Majestad cumpla lo que nos promete.

Esta alma pues puso todo su conato en el ejercicio de esta virtud, y la obediencia puedo decir con toda verdad que fue el condado que cerró su boca, su alma, su entendimiento, su voluntad, su memoria y a ella toda para dirigirse con seguridad a los dulces brazos de su amado Jesús. El Ángel le hizo ver que solo contaba Dios en un alma para premiarla lo que iba a nivelado por la obediencia, y que al contrario miraba el Señor con mucho desprecio y abominación cuanto se practicaba que era opuesto a la obediencia o no conforme de ella, por santas que sean las acciones o religiosos los sacrificios. Bien se deja ver esto en Saúl y en la reprehensión que Samuel le dio, lo que deben tener presentes todas las almas sino quieren errar en el camino seguro de la gloria; y por lo mismo se debe tener presente le ejemplo que Dios nos da por esta alma si queremos llegar a los castos brazos de nuestro buen Jesús como ella mereció llegar porque a su imitación ha sido obediente hasta la muerte.

De su cintura salían varias letras entre la cuales salía este sint lumbi verti precineti. Esta alma con el continuo ejercicio de la más rigurosa penitencia con los ayunos más espantosos, con las vigiliias más prolongadas, y con toda la era de las austeridades más rígidas consiguió tener tan sujeta su carne al espíritu, y este a Dios,



que puedo decir con toda verdad lo que dijo Alejandro de Ales de San Buenaventura. He aquí un verdadero Israelita en quien no ha pecado Adán, pues jamás ha tenido el más mínimo pensamiento de impureza, ni sentido el más pequeño estímulo de la carne, pero ni aún saber que cosa era pecado de impureza. Treinta y cinco años tenía cuando le hizo su ver Dios que por este pecado está irritado contra el mundo ella sumamente se afligió al ver a Dios tan injuriado de sus criaturas, y la perdición de tantos que ama tiernamente en Jesucristo. Ella me preguntó que si este pecado era el ponerse uno con ira, yo disimulo al mismo paso que me admiré al ver tanta inocente, y más en unos tiempos en que toda carne ha corrompido sus caminos como lo lloramos con todo dolor, pero Dios ha conservado en nuestros días de perdición ha esta alma en justicia, verdad y inocencia como a Noé en otro tiempo para no acabar con todos nosotros. No es esto exageración, el mismo Dios reveló que a uno haber estado esta alma de por medio, hubiera sentido Guatemala la espada de la divina justicia como lo ha experimentado toda la Europa y América, pues las culpas nuestras, nuestros vicios y escándalos sino son mayores que en otras tierras a lo menos son iguales y ellos es cierto que se ha verificado lo que ella dijo que no sentiríamos la espada de la insurrección a pesar de que como en todas partes estábamos llenos de enemigos que la desearon y procuraron. Y también es cierto que desde que Dios descubrió al mundo este rico tesoro, y manifestó sus sagradas llagas en su virginal cuerpo la insurrección se fue acabando y desde el mismo México escribían esto mismo diciendo que atribuían a los méritos de esta esposa favorecida de Jesucristo que tan de repente se fuese apagando aquel voraz fuego que todo lo abrasaba; y así es que en la América Septentrional se fue desapareciendo cuando veíamos que parecía como imposible atajar este cáncer que había cundido por todas partes. Fue también prueba clara de esto y que por esta alma había perdonado al Reino de Guatemala del brazo de su justicia el ver que por los dos confines del Reino de Perú por Panamá y México por Oaxaca estaban los insurgentes y por el segundo intentaron invadir al de Guatemala, y lo mismo fue llegar a la raya que no pasar adelante, advirtiéndolo que los habían llamado, y aguardaban con ansias como fue público. En su lugar digo lo que decía Nuestro Monarca a esta preciosa Virgen así en su vida como en su cautiverio, y como por los méritos de esta alma y por sus largas

oraciones y asperísimas penitencias le libró de que su mayor enemigo le quitase la vida, y que sus enemigos ocultos que tantas acechanzas han tenido para perderle, no hayan conseguido sino la ruina suya propia pues Dios por esta alma lo protege y protegerá si él ampara la Iglesia de Jesucristo como lo esta haciendo, siendo muy grande por su religión y piedad que por sus dominios temporales.

Me parece que aquí debo referir en prueba de cuanto acabo de decir lo que mucho después, predijo y medio por ser como una prueba para ello. Avisó al Señor Presidente por medio del Ilustrísimo Prelado qua a donde había necesidad de enviar auxilio porque amenazaban los enemigos era por el Reino de León de Nicaragua. El jefe tomó sus providencias las que todos las juzgaban por desatinos y chocheras, pero al cabo sucedió lo que la Madre Teresa dijo, que los enemigos por aquella costa desembarcaron, e hicieron cuanto mal pudieron. Testigo es de esto todo el público. Procuraron también poner coliseo en esta ciudad. Esta celosa esposa de Cristo, y ecónomo admirable de las almas hizo cuanto pudo para impedirlo dijo que Dios castigaría con la entrada de los insurgentes, no hicieron caso, aseguró ella que la Isabela fragata no la cogerían los frisara, con esta satisfacción enviaron cuantiosos caudales del Golfo y cuando estaba en la boca del río para embarcar en la Isabela, vinieron los insurgentes y se lo llevaron todo y la fragata no la cogieron; y para que se vea que esto fue un castigo de Dios por las comedias y no haber querido hacer caso de lo que esta Madre dijo; los insurgentes se retiraron a una islas inmediatas al Golfo con todas las riquezas, se enfermaron los más, y se pusieron en las situación, que rogaban al maestro de la Isabela a quien habían hecho prisionero que se empeñase con el capitán de la Isabela y otra fragata que llegó a Omoa a quienes se les había avisado cómo fácilmente podían recobrar todo, para que no los matasen; pero Dios no les permitió que hiciesen diligencia alguna y todo se perdió. Se muy bien que en semejantes acaecimientos que sucedieron a los santos, los hombres por lo regular se burlaban de semejantes predicciones, y aún la verdadera causa que de antemano se señalaba; pero lo cierto es que la palabra cuando es de Dios nunca quedará vacía, esto es nunca dejará de tener su debido cumplimiento a pesar de que la malicia de los hombres o ignorantes, o doctos que nada creen sino lo que es conforme a su paladar,

quiere oscurecer la palabra de Dios que habla por su profeta, tal ha sido en las cosas de la Madre María Teresa, pero a pesar de ellos mismos y de todo el Infierno se ha verificado cuanto ha dicho, y solo ha faltado alguna predicción suya cuando los hombres no hicieron lo que de su parte debían o practicaron cosas contrarias a lo que Dios había dicho, como

## **Capítulo**

### **De lo que practicó después de profesas.**

Habiendo cumplido sus ardientes deseos de consagrarse con la profesión religiosa a su dulcísimo esposo Jesús todo su empeño fue guardar con exactitud la Santa Regla y Constituciones del Carmen. Nada más pensaba que en su santificación y llegar a ser toda de Jesucristo. Si lo consiguió, por lo que se ha dicho lo puede juzgar cualquiera. Todas las monjas la llamaban Ángel y sus contrarias ahora, entonces la aclamaban santa. Sus deseos y sus obras era en ejercitarse en los oficios más viles, más abatidos, y más despreciables, pero aquella monja su émula con capa de lástima y amor a todo se oponía. Si barría, si fregaba ¿cómo decía esas manitas delicadas se han de emplear en cosas ordinarias? Eso se queda para mí. Si ayunaba iba con capa de virtud y lástima a suplicar a la Prelada la hiciese comer a la Hermana María Teresa porque este angelito, decía, no se nos enferme y afuera por mucho tiempo la hizo comerse dos huevos duros. Si veis que observa el más asombroso silencio a las Horas y en donde mandan las Constituciones; pero no es esto lo más. Iban después las Celadoras a capítulo y la acusaban de fracción de silencio, y pudiendo hacer ver a la Prelada su inocencia, y quien era la culpable, jamás se excusó y humilde recibía las penitencias que le imponían.

Señáronla de enfermera, y en este oficio se echó de ver con asombro su heroica paciencia, su humildad profunda, su caridad admirable. Dios permitió que entonces se volviese loca una monja, y la hacía que estuviese Nuestra Madre María Teresa de noche dando vueltas alrededor de los claustros junto con ella, y después de todo la hacía que se fuese con ella a su celda e inter dormía la loca, la mandaba que la cuidase o se acostase en el suelo. Hacerse párvulo con los párvulos decía Jesucristo para entrar en el Reino de los Cielos, pero sujetarse a un loco por su amor, solo el

enamorado Jesús se yo que lo hizo por los locos hombres que ingratos le habían de pagar mal. Esta esposa de Cristo lo hizo también par que se vea cómo amó a su dulce Jesús y a sus hermanas. No se hubiera sabido esto si yo no lo escribiera porque a mi me lo dijo, y Dios acreditó cuanto le agradaba esta heroica caridad con muchos prodigios. En una noche que entré muchísimas velo a una monja cuyas enfermedades descubrió Dios eran por la mayor parte fingidas, al ir no sé si a lavar a una pilita, se le apareció una monja padeciendo indecibles tormentos en el purgatorio. Misa dijo a Nuestra Madre Teresa yo soy fulana que por haber hecho o tenido parcialidad con N estoy padeciendo mucho, y como que Dios le permitió se apareciese para oírle su caridad y amor que igualmente tenía a todas y especialmente porque rogase a Dios por ella. No sé con que motivo regularmente sería por ejercitarla, le manda que cuando lave los pies a una enferma se los besase, y cosa rara una oración que esto hacía, la enferma se volvió en Jesucristo, cuyas llagas tenía en los pies y levantando sus ojos mirola con el rostro precioso de Jesús. Iba una ocasión con un ladrillo de barro y sin saber como se le callo de las manos al suelo y quedó ilesa. Por no repetir sobre cada virtud lo que ya se ha dicho, no refiero más que fueron creciendo tanto en ella, que me parece se le puede aplicar con toda propiedad aquello de la fuente esta fue creciendo hasta hacerse un río muy grande. Mírense en ella el conjunto de todas las virtudes, o véanse cada una en particular todo fue en aumento más y más. Yo mismo que con toda reflexión acechaba su vida, y que procuraba examinar sus defectos con curiosidad, no hallaba sino un ramillete compuesto de las más hermosas flores de las virtudes, o en cada una de ellas que eran tan raras, tan grandes y singulares que se podía decir de ella por cada una que estaba echa un olor de Cristo. Creo que ninguno lo podrá poner en duda cuando la misma verdad Jesucristo vida nuestra lo testificó con repetidos prodigios diciéndole toda eres hermosa, querida mía esposa mía, no hay mancha ninguna en ti, asegurando el mismo Señor con portentos raros de que esta su querida esposa jamás había buscado más que su gloria, su amor, y su honor en todas sus cosas toda su vida. Por esto le dijo en presencia de muchos y más por otros conductos ciertos en lo que cabe, unica est Columba mea, speciosa mea...

Todo esto esta escrito de puño y letra del Reverendo Padre Fr Anselmo Ortiz, de la Orden de Predicadores en el Convento de Guatemala y se encontró entre sus papeles que hice registrar en 16 de abril de 1828, habiendo fallecido a los dos y cinco minutos de la noche del 13 al 14 del mismo mes y año en mi Palacio Arzobispal donde vivía hacía algunos años. Era religioso de vida ejemplar y de mucho celo de su ministerio sagrado.

Fr. Ramón, Arzobispo de Guatemala.